Plus Ultra

CARNAVAL

43
EXTRA

EL CARNAVAL EN LONDRES

UN BAILE DE FANTASÍA DADO POR EL CLUB ARTÍSTICO DE CHELSEA EN EL ALBERT HALL.

No hay espectáculo, ni fiesta, que alcance el brillante esplendor de un baile de disfraces, siempre que se realice éste entre personas de distinción personal y elevado criterio artístico. Los trajes de diversas épocas, las caprichosas alegorías arrancadas a la naturaleza o al ingenio, las evocaciones de personajes célebres o de figuras glorificadas por la poesía, todo se reune, como la maravilla de un cuento de hadas, formando conjuntos de inolvidable belleza y alegría.

La suntuosa sala del Albert Hall, llenóse de elegantes parejas vestidas rica y caprichosamente. Las damas ostentaron, según su predilección, aquel traje que las convirtiera por unas horas en heroínas de escenas imaginarias. Las rubias y esbeltas, con azules ojos, prefieren los disfraces fantásticos creados por la mitología y la leyenda; su espiritualidad se reviste con la túnica de las hadas, la vestidura ingenua y sencilla de las pastoras arcádicas, el complicado traje medioeval o el esplendoroso de las reinas del norte. Otras, las morochas de ardientes ojos negros, caracterizan a la hija de Hungría, de nómada belleza, a las suaves y perezosas odaliscas de Oriente, o adoptan el traje de algunas regiones meridionales de Europa.

En los hombres, mientras el buen mozo realza su figura con la marcialidad de un uniforme de mosquetero, o la gracia elegante de los príncipes del Renacimiento, el viejo, feo y de mal aspecto, la disimula tras el luengo hábito de astrólogo, o las barbas y pieles de un Atila feroz.

Una de las notas características del baile, fué la profusión de disfraces de los primeros años de la reina Victoria. En algunos grupos, el espectador hubiérase creído en aquellos tiempos de romanticismo donde por última vez tuvo el traje masculino una silueta extraña y artística, muerta hoy por la monotonía de las costumbres modernas.

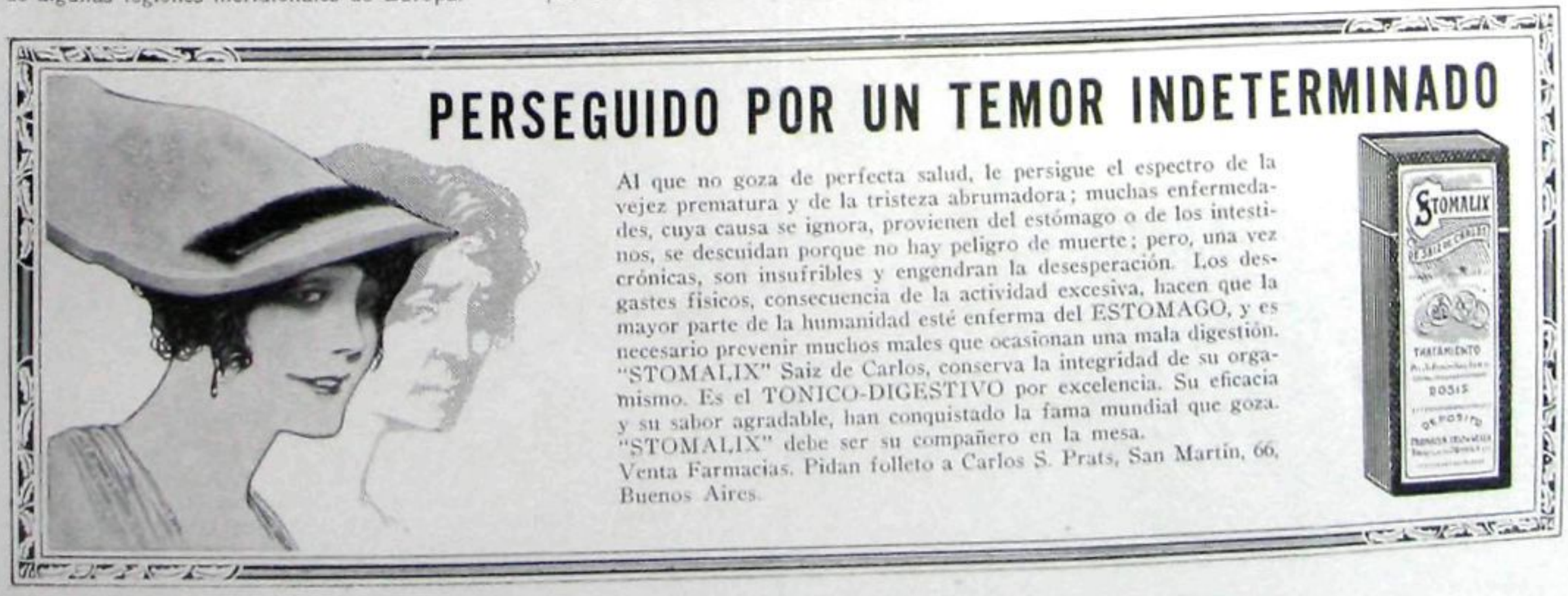
Es lástima que en las grandes salas de espectáculos, no se organicen con más frecuencia estos preciosos festivales que reunen la visualidad y el placer, los encantos de la danza y la fastuosa decoración. Sin duda, se oponen a ello razones económicas, pues sin el lujo necesario, se convierten estas diversiones en ridícula y censurable mascarada.

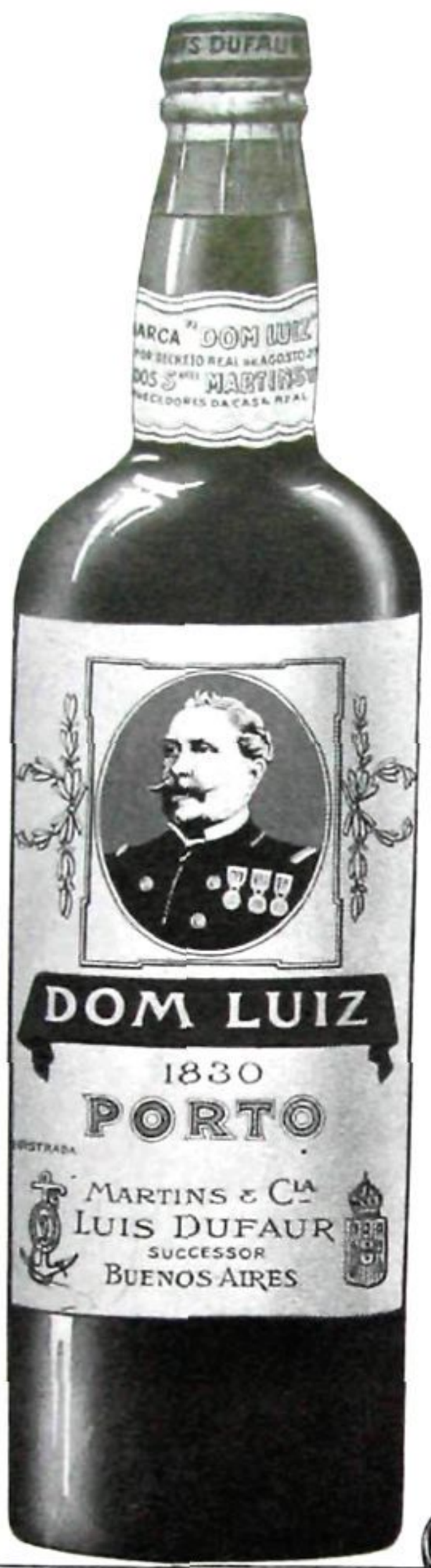
Los incidentes del baile, la multitud de curiosas y divertidas aventuras a que da lugar, dejan recuerdos perdurables en los que asisten y casi siempre son motivos de notas de arte de hermosa factura o comentos literarios de elevado valor.

En Londres, y también en París, hay afición extraordinaria por el baile de trajes, y tanto las casas de la alta aristocracia como las entidades de carácter artístico rivalizan en organizar tales fiestas, verdaderamente admirables.

El éxito de un baile de disfraces depende, en gran parte, de la clase de personas asistentes a él. Son indispensables la más exquisita corrección y, al mismo tiempo, la más jovial y bulliciosa conducta. Sin ello, es fácil que ocurran enojosas cuestiones y que la fiesta resulte, como se dice vulgarmente, *aguada*.

También son factores muy importantes del éxito, la buena preparación y dirección, pues el cúmulo de pequeños detalles que pueden restar elegancia a la fiesta, necesitan ser previstos y cuidados con tiempo bastante por personas muy inteligentes y expertas en los refinamientos que exige la sociedad contemporánea. Hoy no se perdona ni lo más insignificante. Es un goce supremo el de contemplar la danza por hábiles parejas, maravillosamente vestidas, y en un lugar que exalta nuestros eternos deseos de regocijo y placer.

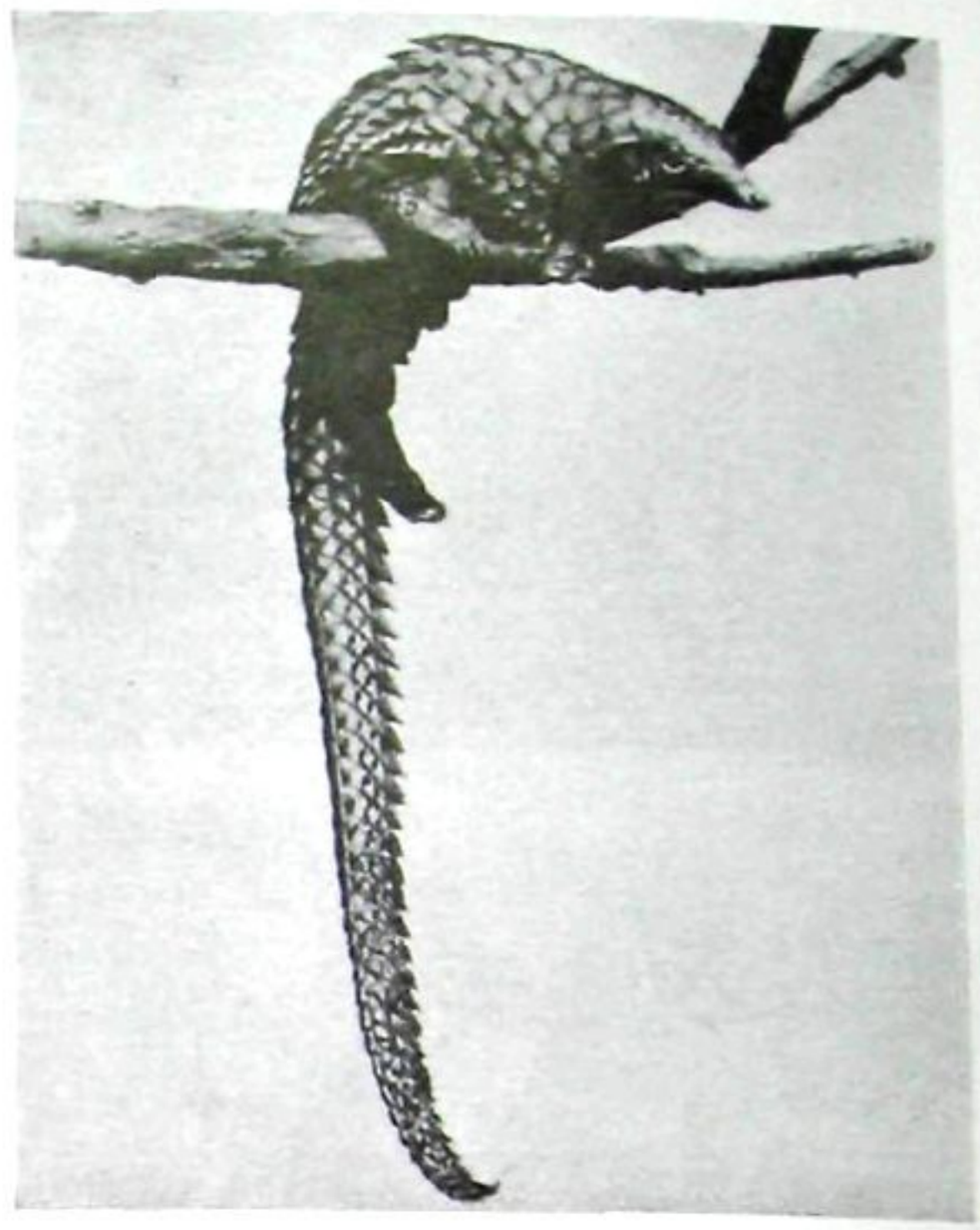




¿Cómo no simpatizar con el **Oporto DOM LUIZ?** Es límpido como un rayo de sol, diáfano como la verdad, grato al paladar como el néctar que infunde vida y felicidad. Compre únicamente este Oporto.

Fíjese bien en esta botella y pida a su proveedor **Oporto DOM LUIZ.**

LAS DEFENSAS DE LOS ANIMALES



ESTE HORMIGUERO AFRICANO, LLAMADO MANIS, DE PANGOLIN, ESTÁ COMPLETAMENTE CUBIERTO POR UNA ARMADURA DE PLACAS CÓRNEAS.

Cada día los naturalistas descubren y describen nuevos casos de animales dotados por la naturaleza de los más eficaces medios para atacar y para defenderse. Esos medios son a veces excepcionalmente curiosos, y demuestran que aun los animales de más pacífico aspecto, que parecen víctimas inevitables de la voracidad de los demás, poseen armas capaces de hacer correr los más graves peligros a los incautos que los crean presas fáciles.

Es muy conocido el puerco espín, que defiende su delicada carne de la voracidad de tigres y leones, convirtiéndose en una pelota cubierta de afiladas y duras puntas; lo cual no siempre los libra de ser devorados, pues lo que no puede la fuerza suele poderlo la maña.

Y nada diremos del armadillo, porque todos lo conocen entre nosotros.

En Africa hay un hormiguero llamado Manis que posee un curioso sistema de defensa, decimos para emplear términos militares. El Manis, que vive en la región de Pangolin, tiene el cuerpo cubierto de placas córneas, formadas por gran cantidad de pelos aglutinados, y que son de una dureza extraordinaria. Cuando se ve en peligro, el Manis se enrosca sobre sí mismo, sin que para ello sea un obstáculo su larga cola, y queda convertido en una pelota tan pequeña que cabe sobradamente en la palma de la mano. Así defendido el Manis puede arrostrar a cualquier enemigo, por fuertes garras y colmillos que tenga, pues su coraza resiste a los más feroces mordiscos y arañazos. Además, su pequeño tamaño le permite pasar casi inadvertido.

EL MANIS SE ENVUELVE EN SU CORAZA Y QUEDA HECHO UNA PELOTA, DEFENDIDO POR LAS PLACAS CÓRNEAS, FORMADAS POR GRAN CANTIDAD DE PELOS AGLUTINADOS.

LA belleza física es el don que más aprecian las mujeres; en el que fundamentan su orgullo femenino; en el que hacen radicar sus principales atractivos, y, sin embargo, nadie sabe determinar el patrón a que debe ajustarse, ni nadie sabe lo qué es la belleza. Pasa con ella lo que con la electricidad, que todo se vuelven teorías, y en realidad sólo sabemos que existe, que nos impresiona, y que experimentamos sus efectos; pero ignorando en qué consiste.

Nunca con mayor propiedad pudo aplicarse el famoso refrán, de que respecto a gustos no se ha escrito nada. En efecto; para Rubens, por ejemplo, la mujer hermosa, el prototipo de la Venus, debía ser necesariamente de gordura mucho más que mediana, rebosante de carnes, al contrario de la esbelta Friné, que hemos dado en aceptar como de puro clasicismo. Es, por otra parte, indiscutible que la belleza no consiste en que las facciones de la cara sean más o menos correctas, ni en que la estatura y el peso guarden ciertas simetrías y relaciones, y al mismo tiempo es un hecho probado que la belleza verdadera sólo radica en la normalidad más absoluta.

Con frecuencia vemos mujeres que analizándolas detalladamente constituyen una serie de perfecciones; cuyo perfil es de pureza extrema; cuyo cuerpo se ajusta a los clásicos moldes; de boca pequeña, de nariz correcta, de ojos grandes... y, sin embargo, nos atrae, nos encanta, nos subyuga más, otra mujer de figura menos arrogante, y la encontramos más bella aún, cuando analizándola de facción en facción, independientemente, se aparte de toda norma establecida por el arte.

Hemos dicho que en cuestión de belleza, no se había escrito nada; esto es: que no era posible fijar reglas para definirla, y si bien la teoría puede ser cierta estrictamente hablando, al estudiar la cuestión en la práctica, analizando experimentalmente la belleza, juzgándola no con criterio de clásicos artistas, no con medidas matemáticas que estrechen y limiten nuestro juicio, sino por la impresión, por la emoción que causa la belleza femenina al contemplarla, por la admiración que en general despierta, habremos llegado a la conclusión de que las mujeres más admiradas, las que más brillan por su hermosura, no son precisamente las que tienen número justo de milímetros de boca o de nariz, son las que con la vivacidad de sus ojos, sean grandes o chicos, penetran hasta el fondo del alma, las que rebosando alegrías juveniles, impresionan el cerebro y comunican a cuantos las rodean, ese algo intangible que subyuga y magnetiza, y cuyo don, lo mismo puede poseer la mujer gruesa, que la alta la baja, que la delgada.

La belleza femenina es, pues, algo muy relativo, algo que se determina por el efecto que produce, algo que fluye de la Madre Naturaleza misma y que si bien puede mistificarse en parte, con recursos de tocador y de modistería, no se puede de ninguna manera simular por completo.

La belleza es una emoción y cada ser humano la siente de acuerdo con su idiosincrasia, con el medio ambiente en que vive, con las veleidades de su sistema nervioso individual; pero siempre, téngase esto muy presente, esa emoción se deriva de la Naturaleza y no de los artificios, porque los artificios, aun cuando impresionen momentáneamente, no emocionan.

«Pero»...—dirá alguna lectora asustada—«¿es que no existen más mujeres bellas que las que nacen con ciertas y determinadas cualidades?»

No... no hay motivo de alarma, ni es tan desesperada la situación del sexo femenino. Las cualidades naturales, las puede modificar la naturaleza misma, y no creemos que mujer alguna deje de poner los medios para conseguirlo, sólo con que piense un poco en lo que sus atractivos significan. He aquí el consejo:

Procure conservar siempre la salud más perfecta, mantenga su sistema nervioso absolutamente equilibrado, purifique y dé glóbulos rojos a la sangre que circula en sus venas y entonces verá como la tez pálida se vuelve sonrosada, como los ojos recobran su brillo natural, como el cuerpo adquiere su peso normalmente justo, como el espíritu libre de la preocupación y de la eterna molestia de los males físicos, adquiere la alegría, la franca alegría, derivada del goce de vivir.

Esto es lo que está haciendo desde hace muchos años, ese admirable preparado natural que se llama Iperbiotina Malesci, y al dotar a la mujer con la belleza intangible de esos atractivos que sólo puede dar la salud perfecta, no sólo la embellece momentáneamente, sino que prolonga en forma indefinida sus años de juventud, su vida vigorosa, activa y sana.

La Cubana
Cigarrillos de 40 cts

AÑO II

FEBRERO 1917. — NÚM. 10.

GLOSAS DE CARNAVAL

POR ENRIQUE DE LEGUINA

Si por desgracia desaparecieta el Carnaval, se haría un vacío enorme en el mundo de la ficción, y dejarían de ser comprendidas páginas admirables y maravillosas pinturas, como han dejado de comprenderse la oculta ciencia de los magos o la mística exaltación del asceta.

El Carnaval no es ya una fiesta inmoral, ni satánica, ni melodramática, es, sencillamente, un pintoresco acontecimiento. Cada año se repite esa tradicional y grandiosa apoteosis de la vida, y aunque hoy sea pálida la evocación, no faltará quien supla, imaginativamente, las feas máculas y defectos de la realidad.

II

Hay ciudades que todo el año son como un escenario carnavalesco, en el que sólo faltan las máscaras. Lo mismo que un teatro con la escenografía completa, pero sin que aparezcan los personajes.

Venecia es una de ellas. Decorosamente no se puede navegar en góndola con los trajes de hoy. Es preferible escuchar a Schumann, y contemplar la Venecia fantástica y divina del pasado.

No son para nosotros, los canales donde el agua dormida es, ora verdinegra y quieta en los remansos, o se muestra salpicada por los ojos de fuego que las farolas reverberan. No son para nosotros los palacios de bizantino lujo, ni las viejas historias tenebrosas, ni los pichones de San Marcos... Es inútil el puente legendario... Los suspiros, se dan en las Bolsas y en los Bancos, simplemente...

III

Esta multitud moderna, tan amiga de lo humilde y obscuro, se reviste durante tres días de aquellos gayos colores, que en otras épocas hicieron siluetas artísticas y alegres.

Al cambiar de traje, se truecan también las fisonomías. Entrando en el baile, observamos la variación de muchas caras conocidas; ¿quién hubiera pensado que el amigo X. tiene un rostro de César Borgia, o que la señorita de L. recuerda vivamente a la duquesa de Fontanges?

IV

Con la suntuosidad de un Ticiano, se agrupan en el parque los colorines abigarrados de los trajes.

Sobre la escalinata de blancor de nieve, una silueta de mujer se inmoviliza atraída, acaso, por la fascinación maravillosa del poniente. Vista a lo lejos, con los tonos chillones del disfraz, parece un pájaro raro que se posara en el mármol.

Es apetecible como las heroínas de los cuentos fantásticos que tienen mezcla de mujer y de hada.

Cinco minutos después, se acuesta el sol entre los oros de su cortejo de estriadas nubes paralelas, y la penumbra vesperal invade el jardín con lentitud. Entonces desaparece el pájaro raro, se borran los colores vivos, y la mujer de la escalinata queda como una mancha obscura, adivinada apenas en la sombra naciente.

V

Quien sepa hacer una farsa de polichinelas, hace una de las maravillas del pensamiento humano.

Claro, que no basta disfrazar de Pierrots y Colombinas a los protagonistas, para componer esa farsa. Su técnica es tan difícil como la de una tragedia. Todo lo sardónico, hipócrita y cruel de ese espíritu protervo que vive en el hombre, se reconcentra en la farsa, equilibrándose con rara sensibilidad lo doloroso y lo grotesco.

¡Lástima que casi nunca sea el Carnaval, la farsa que parece anunciar en el nombre!...

VI

El Carnaval da pretexto a los pseudo-moralistas, para endilgar una cantidad de crónicas lamentosas y desdichadas. Con suma frecuencia vemos en los diarios y revistas, dos o tres columnas tituladas sugestivamente de este modo: *Contrastes* o *Tristezas de la vida*. En esas columnas ocurren cosas que nunca hemos sospechado; un entierro encuentra en su paso por la ciudad el grupo alegre de arlequines enharinados; diez líneas más abajo nos aterra la taberna sórdida donde un borracho hiere a otro... Finaliza el artículo con la escena sabida en que una mujer solloza por la lejana y pura adolescencia...

Tales crónicas macabras y morales, conmueven a las personas de buen corazón y son comentadas con elogio.

ILUSTRACIÓN Y DECORACIÓN D. STRIO

El simún

En vez de lo que deseaba, me dieron un empleo en el ministerio de agricultura. Fui nombrado inspector de estaciones meteorológicas en los países limítrofes.

Estas estaciones a cargo del gobierno argentino, aunque ubicadas en territorio extranjero, desempeñan un papel muy importante en el estudio del régimen climatérico. Su inconveniente estriba en que de las tres observaciones normales a hacer en el día, el encargado suele efectuar únicamente dos, y muchas veces, ninguna.

Llena luego las observaciones en blanco con temperaturas y presiones de pálpito, y de este modo, en dos estaciones en territorio nacional, a tres leguas una de otra, mientras una marcó durante un mes las oscilaciones naturales en una estación tornadiza, la otra oficina acusó obstinadamente, y para todo el mes, una misma presión y una constante dirección de viento.

El caso no es común, claro está; pero por poco que el observador se distraiga, cazando mariposas, las observaciones de pálpito son una constante amenaza para las estadísticas de meteorología.

Yo había a mi vez cazado muchas mariposas mientras tuve a mi cargo una estación; y por esto acaso el ministerio halló en mí méritos para vigilar oficinas cuyo mecanismo tan bien conocía. Fui especialmente encomendado de informar sobre una estación instalada en territorio brasileño, al norte del Iguazú. La estación había sido creada un año antes, a pedido de una empresa de maderas. El obraje marchaba bien, según informes al gobierno; pero era un misterio lo que pasaba en la estación. Para aclararlo fui enviado yo, cazador de mariposas meteorológicas, y quiero creer que bajo el mismo criterio con que los gobiernos sofocan una vasta huelga, nombrando un ministro precisamente huelguista.

Remonté, pues, el Paraná hasta Corrientes, trayecto que conocía bien. Desde allí a Posadas, el país era nuevo para mí, y admiré como es debido el cauce anchísimo, lento y plateado, con islas empenachadas en todo el circuito de tacuaras dobladas sobre el río, como inmensas canastitas de bambú. Tábanos, los que se desearan.

Pero desde Posadas hasta el término del viaje, el río cambió singularmente. Al cauce pleno y manso, sucedía una especie de lúgubre zanjón, — encajonado entre sombrías murallas de 100 metros, — en el fondo del cual corría el Paraná, resuelto en torbellinos, de un gris tan opaco que más que agua apenas parecía otra cosa que la lívida sombra de los murallones. Ni aún sensación de río, pues las sinuosidades incesantes del curso cortan la perspectiva a cada trecho. Se trata, en realidad, de una serie de lagos de montaña, hundidos entre tétricos cantiles de basalto y arenisca barnizada en negro.

Ahora bien: el paisaje tiene una belleza sombría que no se halla fácilmente en los lagos de Palermo. Al caer la noche, sobre todo, el aire adquiere en la honda depresión, una frescura y transparencia glaciales. El monte vuelca sobre el río su perfume crepuscular, y en esa vasta quietud de la hora, el pasajero avanza tiritando de frío y excesiva soledad.

Esto es bello, nadie lo duda, y yo sentí hondamente su encanto. Pero yo comencé a empaparme en su severa hermosura un lunes de tarde; y el martes de mañana vi lo mismo; e igual cosa el miércoles; y lo mismo vi el jueves y el viernes. Durante cinco días, a dondequiera que volviera la vista, no vi sino dos colores: el negro de los murallones, y el gris lívido del río.

Llegué, por fin. Trepé como pude la barranca de 120 metros, y me presenté al gerente del obraje, que era a la vez el encargado de la estación meteorológica. Me hallé con un hombre joven aún, de color cetrino, y muchas patas de gallo en los ojos.

— Bueno, — me dije, — las clásicas arrugas tropicales. Este hombre ha pasado su vida en un país de sol.

Era francés, y se llamaba Briand, como el actual ministro de su patria. Por lo demás, un sujeto muy culto, y de pocas palabras. Era visible que el hombre había vivido mucho, y al cansancio de sus ojos, contrarrestando la violencia de la luz, correspondía a todas veras igual fatiga del espíritu: una buena necesidad de hablar poco, por haber pensado mucho.

Hallé que el obraje estaba en ese momento poco menos que paralizado por la crisis de madera, pues en Buenos Aires y Rosario no sabían qué hacer con el stock formidable de lapacho, incienso, peterebí y cedro, de toda viga — que flotara o no. Felizmente, la parálisis no había alcanzado a la estación meteorológica. Todo subía y bajaba, giraba y registraba en ella, que era un encanto. Lo cual tiene su real mérito, pues cuando las pilas Edison se ponen en relaciones tirantes con el registrador del anemómetro, puede decirse que el caso es serio. No sólo esto: mi hombre había inventado un aparatito para registrar el rocío — un *hechizo* regional — con el que nada tenían que ver los instrumentos oficiales; pero aquello andaba a maravillas.

Observé todo, toqué, compulsé libretas y estadísticas, con la certeza creciente de que aquel hombre no sabía cazar mariposas. Si lo sabía, no lo hacía, por lo menos. Y esto era un ejemplo tan saludable como moralizador para mí.

No pude menos de informarme, sin embargo, del gran retraso de las observaciones a remitir a Buenos Aires. El hombre me dijo que es bastante común, aún en obrajes con puerto y chalana en forma, como aquél, que la correspondencia se recibiera e hiciera llegar a los vapores, metiéndola dentro de una botella que se lanzaba al río. A veces era recogida; a veces, no.

¿Qué objetar a esto? Quedé, pues, encantado. Nada tenía que hacer ya. Mi hombre se prestó amablemente a organizarme una cacería de antas — que no cacé, y se negó a acompañarme a pasear en guabiroba por el río. El Paraná corre allá nueve millas, con remolinos capaces de poner proa al aire a remolcadores de jangadas. Paseé, sin embargo, y crucé el río; pero jamás volveré a hacerlo.

Entretanto, la estada me era muy agradable, hasta que uno de esos días comenzaron las lluvias. Nadie, en Buenos Aires, se figura lo que es aquello cuando un temporal de agua se asienta sobre el bosque. Llueve todo el día sin cesar, y al otro, y al siguiente, como si recién comenzara, en la más espantosa humedad de ambiente que sea posible imaginar. No hay caja de fósforos que conserve un grano de arena del frotador, y si un cigarro tiraba mal, ya en pleno sol, no queda otro recurso que secarlo en el horno de la cocina económica — donde se quema, claro está.

Yo estaba ya bastante harto del paisaje aquel: la inmensa depresión negra, y el río gris en el fondo; nada más. Pero cuando me tocó sentarme en el corredor por toda una semana, teniendo por delante la gotera, detrás la lluvia, y en el fondo brumoso el zanjón uniforme con el río casi blanco de lluvia; cuando después de volver la cabeza a todos lados y ver siempre el bosque, en un solo bloque como si fuera una copa única, inmóvil bajo el agua, tornaba fatalmente la vista al horizonte de basalto y agua sucia, confieso que sentí subir en mí, como un hongo, una inmensa admiración por aquel hombre que asistía muy tranquilo al llenamiento de su energía y sus cajas de fósforos.

Tuve, por fin, una idea salvadora:

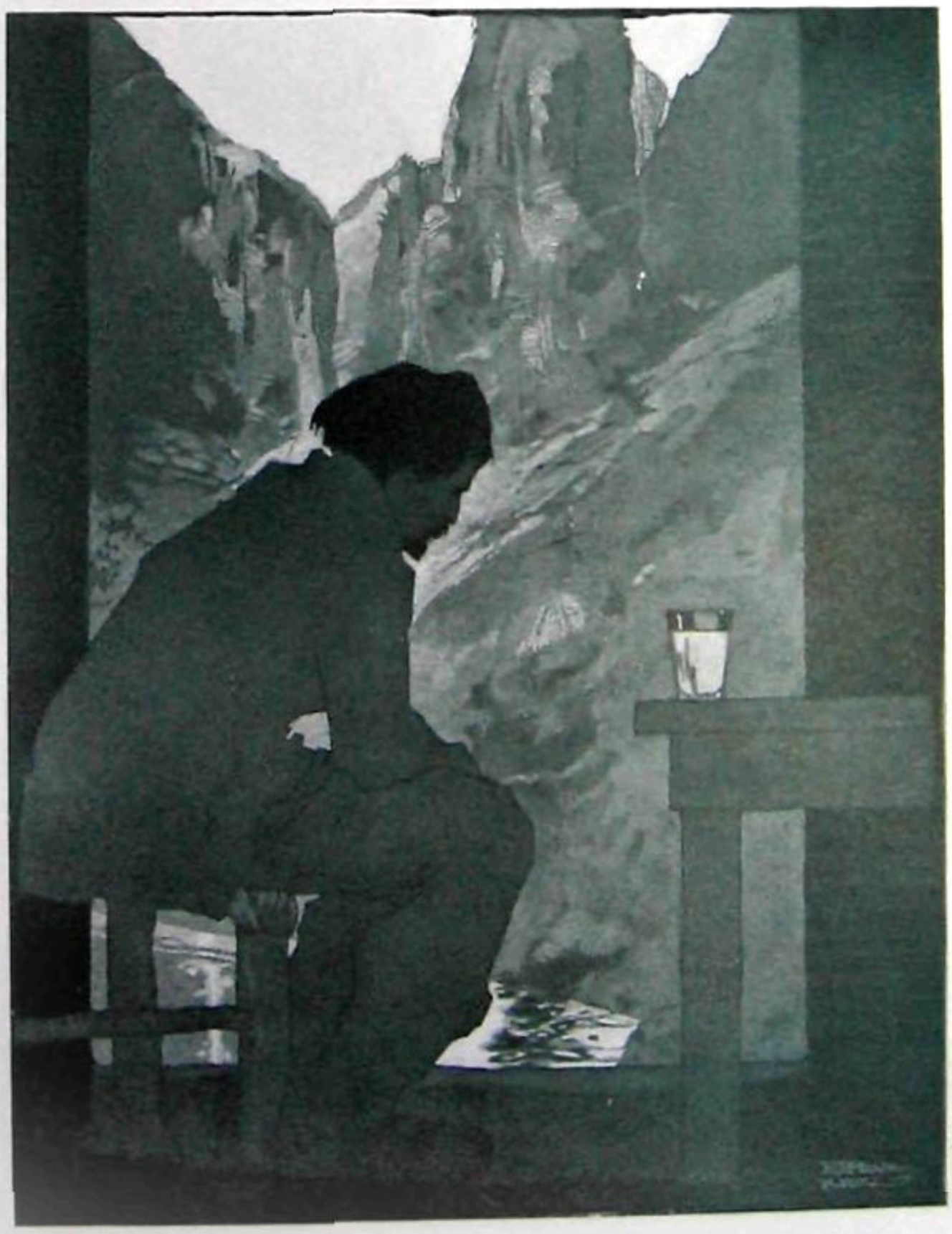
— ¿Si tomáramos ajenjo? — propuse. — Si esto sigue así dos días más, me voy en canoa.

Eran las tres de la tarde. En la comunidad de los casos, no es hora formal para tomar absintio. Pero cualquier cosa me parecía profundamente razonable — aún comenzar a las tres el aperitivo — ante aquel paisaje de Divina Comedia, empapado en siete días de lluvia.

Comenzamos, pues. No diré si tomamos poco o mucho, porque la cantidad es en sí un detalle superficial. Lo fundamental era el giro particular de las ideas — así la indignación que se iba apoderando de mí por el modo con que mi compañero soportaba aquella desolación de paisaje. Miraba él hacia el río con la calma de un individuo que espera un diluvio universal, que comenzó ya, pero que demorará aún 14 ó 15 años; no había por qué inquietarse. Yo se lo dije; no sé de qué modo, pero se lo dije. Mi compañero se echó a reir, pero no me respondió. Mi indignación crecía.

— Sangre de pato... — murmuraba — tropical agotado... no tiene ya dos dedos de energía...

Algo oyó, supongo, porque dejando su sillón de tela, vino a sentarse a la mesa, enfrente de mí. Le vi hacer aquello un si es no es estupefacto, como quien viera a un sapo acodarse ante la propia mesa de uno. Mi hombre se acodó, en efecto, y noté entonces que estaba un poco despeinado.



Habíamos comenzado a las tres, recuerdo que dije. No sé qué hora sería entonces.

— Tropical farsante . . . — murmuré aún — borracho perdido . . .

El se sonrió de nuevo, y me dijo en voz sumamente clara:

— Oígame, mi joven amigo. Usted, apesar de su título y su empleo y su mariposeo mental, es una criatura. No ha hallado otro recurso para sobrellevar unos cuantos días que se le antojan aburridos, que comenzar con el absintio. Usted no tiene idea alguna de lo que es aburrimiento, y se escandaliza de que no me enloquezca con usted. ¿Qué sabe usted lo que es un país realmente de infierno? Es una criatura, y nada más. ¿Quiere oír una historia de aburrimiento? Oiga, entonces.

« Yo no me aburro aquí, porque he pasado por cosas que usted no resistiría quince días. Yo estuve siete meses. . . Era allá en el Sahara, en un fortín avanzado. Que soy oficial del ejército francés, ya lo sabe. . . Ah, ¿no? bueno, capitán . . . Lo que no sabe es que pasé siete meses allá, en un país totalmente desierto, donde no hay más que sol de 48° a la sombra, arena que deja ciego y escorpiones. Nada más. Y esto, cuando no hay sirocco. . .

« Eramos dos oficiales y ochenta soldados. No había nada más en 200 leguas a la redonda. No había sino un horrible calor, día y noche. . . Y constantes palpitaciones de corazón, porque uno se ahoga. . . y un silencio tan grande como puede desearlo un sujeto con jaqueca.

« Las tropas van a esos fortines porque es su deber. También van los oficiales; pero todos vuelven locos o poco menos. ¿Sabe a qué tiempo de marcha están esos fortines? A 20 y 30 días de caravana. . . Nada más que arena, arena en los dientes, en la sopa, en cuanto se come; arena en la máquina de los relojes, que hay que llevar encerrados en bolsitas de gamuza. Y en los ojos, hasta enceguecer al 80 °/₀ de los indígenas, cuanta quiera. Divertido, ¿eh? Y el cafard. . . Ah! una diversión. . . Cuando sopla el sirocco, si no quiere usted estar todo el día escupiendo sangre, debe acostarse entre sábanas mojadas, renovándolas sin cesar, porque se secan antes de que usted se acuerde. Así dos, tres días. A veces, siete. . . ¿Oye bien? siete días. Y usted no tiene otro entretenimiento, fuera del de empapar sus sábanas, que triturar arena, azularse de disnea por la falta de aire, y cuidarse bien de cerrar los ojos, porque están llenos de arena. . . Y adentro, afuera, donde el sol raya, tiene 52° a la sombra. Y si usted adquiere bruscamente ideas suicidas — con una rapidez desconcertante pueden incubar allá — no tiene más que pasear 100 metros al sol, con todos los sombreros que usted quiera: una buena y súbita congestión a la médula, lo tiende en medio minuto entre los escorpiones.

« ¿Cree usted, con esto, que haya muchos oficiales que aspiren seriamente a ir allá? Hay el cafard, además. . . ¿Sabe usted lo que pasa y se repite por intervalos? El Gobierno recibe un día 100, 500 renuncias de empleados de toda categoría. Todas lo mismo: . . . vida perra. . . hostilidad de los jefes. . . insultos de los compañeros. . . imposibilidad absoluta de vivir un décimo de segundo más con ellos. . .

« — Bueno — dice la Administración; — parece que por allá sopla el simún. . .

« Y deja pasar quince días. Al cabo de este tiempo pasa el simún, y los nervios recobran su elasticidad normal. Nadie recuerda ya nada, y se quedan atónitos si ven sus renuncias.

« Esto es el guebli. . . así decimos allá. . . ¡Y usted no puede soportar esta lluvia! El guebli! . . . Cuando sopla, usted no puede escribir. Moja la pluma en el tintero, y ya está seca al llegar al papel. Si usted quiere doblar el papel, se rompe como vidrio. Yo he visto un repollo, fresquísimo al comenzar el viento, doblarse, amarillear y secarse en un minuto. ¿Usted sabe bien lo que es un minuto? Saque el reloj y cuente.

« Y los nervios, y los golpes de sangre. . . Multiplique usted por diez la tensión de nuestros meridionales cuando llega allá un colazo del guebli, y apreciará lo que es irritabilidad explosiva. . .

« ¿Y sabe usted por qué no quieren ir los oficiales, fuera del tormento personal? Porque no hay relación, ni amistad, ni amor que resistan a la vida en común en esos parajes. . . ¡Ah! ¿Usted cree que no? Usted es una criatura, ya le he dicho. . . Yo lo fui también, y pedí mis seis meses en un fortín en el Sahara, con un teniente a mis órdenes. Eramos íntimos amigos, infinitamente más de lo que pudiéramos llegar a serlo usted y yo, en veinte generaciones. . .

« Bueno; fuimos allá, y durante dos meses nos reímos de arena, sol y cafard. Hay cosas bellas. Al salir el sol, todos los montículos de arena brillan; es un verdadero mar de estrellas de oro. De tarde, los crepúsculos son violeta, puramente violeta. Y cuando comienza el guebli a soplar sobre los médanos, va rasando las cúspides y arrancando la arena en nubes amarillas, como humo de diminutos volcanes. Se la ve disminuir, desaparecer, para formarse de nuevo más lejos. Si así pasa cuando sopla el sirocco. . . Y esto lo veíamos con tan placer en los primeros tiempos.

« Poco a poco el cafard comenzó a arañar con sus patas nuestras cabezas debilitadas por la soledad y la luz, un aislamiento tan fuera de la Humanidad, que se comienza a adquirir hábitos cortos de vaivén . . . la arena constante entre los dientes . . . la piel hiperestesiada hasta convertir

en tormento el menor pliegue de la camisa. . . Este es el grado inicial — diremos delicioso aún — de aquello. . .

« Por poca honradez que se tenga, nuestra propia alma es el receptáculo de todas esas miserias, pues comprendiéndonos únicos culpables, cargamos virilmente con la responsabilidad. ¿Quién podría tener la culpa?

« Hay, pues, una lucha heroica en eso. Hasta que un día, después de cuatro de sirocco, el cafard clava más hondamente sus patas en la cabeza, y ésta ya no es dueña de sí. Los nervios se ponen tan tirantes que ya no hay sensaciones sino heridas y punzadas. El más simple roce es un empujón; una voz amiga es un grito irritante; una mirada de cansancio es una provocación; un detalle diario y anodino, cobra una novedad hostil y ultrajante. . .

« ¡Ah! Usted no sabe nada. . . Oígame: ambos, mi amigo y yo, comprendimos que las cosas iban mal, y dejamos casi de hablar. Uno y otro sentíamos que la culpa estaba en nuestra irritabilidad exasperada por el aislamiento, el calor — el cafard, en fin. Conservábamos, pues, nuestra razón. Lo poco que hablábamos, era en la mesa. Mi amigo tenía un tic, al cual, figúrese usted si estaría yo acostumbrado, después de treinta años de estrecha amistad: consistía simplemente en un movimiento seco de la cabeza, apartándola de lado, como si le apretara o molestara un cuello de camisa.

« Ahora bien, un día, en preludios de simún, cuya calma angustiosa es tan terrible como el viento mismo, ese día, al levantar los ojos del plato, *noté* que mi amigo efectuaba su movimiento de cabeza. Volví a bajar los ojos, y cuando los levanté de nuevo, vi que otra vez repetía su tic. Torné a bajar los ojos, pero ya en una tensión nerviosa insufrible. ¿Por qué hacía así? ¿Para provocarme? ¿Qué me importaba que hiciera tiempo que hacía eso? ¿Por qué lo hacía cada vez que lo miraba? Y lo terrible era que estaba seguro — ¿eh? ¡seguro! — de que cuando levantara los ojos, lo iba a ver sacudiendo la cabeza de lado. Resistí cuanto pude, pero el ansia hostil y enfermiza de hartura, me hizo mirarlo bruscamente: en ese momento apartó la cabeza de costado, como si le irritara el cuello de la camisa.

« — ¡Pero hasta cuándo vas a estar con esas estupideces! — le grité, con toda la rabia provocativa que pude.

« Mi amigo me miró, estupefacto al principio, y en seguida con rabia también; no había comprendido por qué lo provocaba, pero había allí un brusco escape a su propia tensión nerviosa.

« — ¡Mejor es que dejemos! — repuso con voz sorda y trémula. — Voy a comer solo en adelante.

« Y tiró la servilleta — la estrelló — contra la silla.

« Quedé en la mesa, inmóvil, pero en una inmovilidad de resorte tendido. Sólo la pierna derecha, sólo ella bailaba sobre la punta del pie.

« Poco a poco recobré la calma. ¡Pero era idiota lo que había hecho! El, mi amigo más que íntimo, con los lazos de fraternidad que teníamos! Fuí a verle y lo tomé del brazo:

« — Estamos locos, — le dije. — Perdóname.

« Esa noche cenamos juntos otra vez. Pero el guebli rapaba ya los montículos, nos ahogábamos a 48° y los nervios vibraban enloquecidos a flor de epidermis. Yo no me atrevía a levantar los ojos, porque *sabía* que él estaba en ese momento sacudiendo la cabeza de lado, y me hubiera sido completamente imposible ver con calma eso. Y la tensión crecía, porque había una tortura mayor que aquella: era *saber* que sin que yo lo viera, él estaba en ese instante con su tic.

« ¿Comprende usted esto? El, mi amigo, pasaba por lo mismo que yo, pero exactamente con razonamiento al revés. . . Y teníamos una precaución inmensa en los movimientos, al alzar un porrón de barro, al apartar un plato, al frotar con pausa un fósforo, porque comprendíamos que al menor movimiento brusco, hubiéramos saltado como dos fieras.

No comimos más juntos. Vencidos ambos en la primer batalla del mutuo respeto y tolerancia, el cafard se apoderó del todo de nosotros. Le he contado con detalle este caso, porque fué el primero. Hubo cien más. Llegamos a no hablarnos sino en lo estrictamente necesario al servicio, dejamos el *tú*, y nos tratamos de *usted*. Además, *capitán* y *teniente*, mutuamente. Si por una circunstancia excepcional cambiábamos más de dos palabras, no nos mirábamos, de miedo de ver, flagrante, la provocación del otro en los ojos. . . Y al no mirarnos, sentíamos igualmente la patente hostilidad de esa actitud, atentos ambos al menor gesto, a una mano puesta sobre la mesa, al molinete de una silla que se cambia de lugar, para explotar con loco frenesí.

« No podíamos más, y pedimos el relevo. Abrevio. No sé bien, porque aquellos dos meses últimos fueron una pesadilla, qué pasó en ese tiempo. Recuerdo sí que yo, por un esfuerzo final de salud o un comienzo real de locura, me di con alma y vida a cuidar cinco o seis legumbres, que defendía a fuerza de diluvios de agua y sábanas mojadas. El, por su parte, y en el otro extremo del fortín, para evitar todo contacto, puso su amor en un chanchito — no sé aún de donde pudo salir. Lo que recuerdo muy bien es que una tarde hallé rastros del animal en mi huerta, y cuando llegó esa noche la caravana oficial que nos relevaba, yo estaba agachado, acechando con un fusil al chanchito, para matarlo de un tiro.

« ¿Qué más le puedo decir? ¡Ah! me olvidaba. . . Una vez por mes, más o menos, acampaba allí una tribu indígena, cuyas bellezas, harto fáciles, quitaban a nuestra tropa, entre sirocco y sirocco, el último resto de solidez que quedaba a sus nervios. Una de ellas, de alta jerarquía, era realmente muy bella. . . Figúrese ahora, en este detalle, cuán bien aceitados estarían en estas ocasiones, los revólveres de mi teniente y yo. . . »

Bueno, se acabó esto. Ahora estoy aquí, muy tranquilo, tomando absintio con usted, mirando llover. ¿Desde cuándo? martes, miércoles. . . siete días. Y con una buena casa, un excelente amigo, aunque muy joven. . . ¿Y quiere usted que me pegue un tiro por esto? Tomemos más ajenjo, si le place, y después cenaremos, cosa siempre agradable con un compañero como usted. . . Mañana, pasado mañana, dicen, debe bajar el *Mateado*. Se embarca en él, y cuando halle pesados estos siete días de lluvia, acuérdese del tic, el cafard y el chanchito. . . ¡Ah! y de mascar constantemente arena, sobre todo cuando se está rabioso. . . Le aseguro que es una sensación que vale la pena. . .

DIBUJOS DE ALVAREZ

Horacio Quiroga

En la playa de Mar del Plata

Apuntes del natural por Alonso

Pordiosero de amor

CREE QUE ES ELLA

Arbolé... Arbolé... Si una mujer muy buena
tenía por cura y santa a la bella mujer
que hoy ves amarte la intrínseca reyerta
si esta mi ingrato errante que no quiere ceder.

Arbolé... Arbolé... De consuelo y amparo
invitaba a llegar de un entrañable amor
que tira ella sobre mi desamparo,
abrazada en mi ruta de tinieblas y dolor.

Cree que es ella, cree, sobre arbolé imposible
a que tendría el reposo y el agua bienaciente
y el largo acariciar que hace tanto perdí.

¡Cree la santa, santa sobre todas las cosas,
para ruta de nuestra de mal en que te pasas
invitándola amante, ¡Ah cuanto menos!

VENDO HACIA EL FIN

No es que sea yo cruel. Solo te digo
¿a qué el clamor de arrepentar mis dudas?
Con tu recato yo no se que escudas
si virtud o miseria. Y te bendigo.

Fuiste de mi constancia asaz testigo.
Mas ya no aludas, nunca más aludas
a esa suerte en que la intriga anudas
que te hizo esquiva y me trocó en mendigo.

Renuncio el contrarte. Fuera brumas!
Fue el destino en nuestro amor que tomas
tan en contra el dulzor de tu alma buena.

Quiza tu luego como un monstruo helado
caiga a mis pies y muera arrepentido
ante mi, te que inútilmente pena.

RENDICION

Dulce enemiga mia,
nuva lid de arbolesas esquiveces
acepta mis horas, hidalguia
tiesa, sumisión de lo que es alma,
blando recato de lo que es mujer.
A tus pies, ya lo ves, tienes la palma
del combate primero del querer:
esta mi rendición que bien no sabe
dar su gemir divinamente suave.

Ves como insisto en levedad que asciende,
que ya no soy rigor desde lo alto,
mi fragor que se enciende,
mi escudo de basalto
a tu inquirir la luz de verdad mia.
Escabel a tus plantas es mi orgullo,
mi ardor trueca en sahumerio su osadía,
y al calor de tu fiel melancolía,
todo extasiado el pensamiento es tuyo,
dulce enemiga mia.

Brote el gemir de este dulzor de duelo
de un rendido de amor;
un roce de aura, una tibiez de cielo
en estival albor.
¡Oh, lento penetrar en el consuelo
del reposo mayor!

Bajo tus ojos todos caridad,
dado a tus labios que serán renuevo
de una vida humildísima en bondad,
como ave herida entre mis manos llevo
mi corazón, ofrenda a tu piedad!

EDMUNDO MONTAGNE.

SIGUE EN CONTINUA.

DE LA COLECCIÓN DE DON LORENZO FELLERANO.

ESCUELA INGLESA

CREPÚSCULO

ÓLEO DE MYRON BARLOW

PLUS ULTRA

DE LA COLECCIÓN DE DON JUAN CANTON.

UN MERCADO EN NÁPOLES

LA CASA-MVSEO Fernández Blanco

EL GRAN VESTÍBULO CENTRAL, QUE MUESTRA UNA ARTÍSTICA Y VALIOSA COLECCIÓN DE OBJETOS DE PLATA, SEVEROS MUEBLES Y RICAS TELAS DE BROCADO. LA LÁMPARA IMITA ANTIGUOS HACHEROS, CUYAS LUCES VELAN PANTALLAS DE HILO DE COLORES «DEFILÉ».

RETRATO DEL SEÑOR FERNÁNDEZ BLANCO, POR LEÓN BONNAT

Entre las casas de Buenos Aires que guardan verdaderos tesoros en muebles y objetos de arte, ocupa lugar preferente la de don Isaac Fernández Blanco, en cuyo recinto el visitante se siente transportado a una época, que, sin ser muy lejana, es casi desconocida por el público, y hasta olvidada por la historia.

Apenas traspuesto el zaguán, el ánimo se predispone a recibir gratas sensaciones, que vienen a ser como un trasunto de aquellas páginas tradicionales, cuando los progenitores de la generación actual venían a la colonia, trayendo, con el vigor del siglo y el espíritu de la raza, ensueños de gigantescas aventuras y ambiciones de gloriosas conquistas.

Sus salones conservan, con un sutil aroma de otra edad, el prestigio evocador de las viejas tertulias y saraos, cuyas aristocráticas fastuosidades ilustraron las crónicas porteñas de la época del virreinato.

En cada rincón, se observa una huella del arte antiguo, y todo está distribuido tan sabiamente, que se goza de sus bellezas sin cansarse.

El «hall», que ocupa el centro de la casa, tiene ricas vitrinas del siglo XVIII, que contienen maravillas de orfebrería: esmaltes y miniaturas, relicarios tachonados de policromas gemas, filigranas de oro, y peinetas de carey que lucieron en el tocado de alguna dama patricia de la Independencia.

Junto a las paredes, se ven sitiales de caoba, procedentes del convento de los Bethlemitas, y en medio, sobre una mesa del más puro estilo barroco, hay candelabros, jarrones y antiguas porcelanas de Saxe. Al fondo se abre la puerta del comedor, decorado con nogales de Italia y viejas tapicerías de Aubersson, que representan escenas galantes de la corte del Luxemburgo.

El salón llamado de Rozas, contiene, entre otros muchos objetos, varios mates de plata labrados por los indios, uno de los cuales fué regalado por don Juan Manuel de Rozas a don Manuel Oribe, presidente de la República Oriental. Además hay un retrato del dictador, que perteneció a doña Petronila de Ezcurra. En el salón de los virreyes se admiran los más ricos muebles de la colección: un estrado del marqués de Sobremonte, bargueños con incrustaciones de marfil, sillas enanas y mesitas donde las damas porteñas del tiempo colonial hacían sus labores y tomaban el mate servido por los esclavos.

Penden de las paredes los retratos de don Santiago de Liniers, don Juan del Pino y Rosas, don Juan José de Vértiz y Salcedo, don Baltasar Hidalgo de Cisneros, el marqués de Loreto, y la virreina viuda doña Rafaela de Vera y Muxica.

Otro de los salones guarda reliquias históricas de la vida nacional en la pasada centuria, la vista se deleita contemplando la arrogante figura de algún prócer, que muestra su altivez, encerrado, como en un relicario de oro, en la artística envoltura de un marco de dorados relieves. Trofeos militares y documentos, que la acción de los años va haciendo ilegibles, nos recuerdan los turbulentos días de la emancipación. Pequeñas cosas femeninas, un abanico con el himno nacional o un prendedor con el escudo de la república grabado en preciosos esmaltes, nos traen a la memoria aquella ola de patriotismo que el delicado espíritu de las damas exaltó con sus veneraciones de religioso culto.

Completan esta sala, que podría denominarse de los recuerdos nacionales, una sillería de jacaranda que perteneció a don Domingo Faustino Sarmiento, una preciosa mesa del canónigo Gorriti, y el escritorio que utilizó en sus últimos tiempos el general don Juan Lavalle.

ESCALERA QUE CONDUCE A LAS HABITACIONES ALTAS; SU PARTE SUPERIOR ESTÁ CUBIERTA CON TAPICES DE LA ESCUELA FRANCESA, REPRESENTANDO ESCENAS DE CETRERÍA.

COMEDOR DECORADO CON RICAS MADERAS DE ITALIA. EN EL FONDO DE DERECHA, ENTRE BANDEJAS DE PLATA Y ORO, HERMOSAS PORCELANAS DE TALAVERA Y DE SAJONIA.

MESITA ERARIA, DONDE LAS DAMAS PORTEÑAS TOMABAN EL MATE, SERVIDO POR LOS ESCLAVOS

MUEBLE DE JACARANDÁ, TALLADO, QUE CONTIENE LA JARRÓN DE GRAN VALOR ARTÍSTICO.

SALÓN QUE GUARDA VARIOS BARGUEÑOS ESPAÑOLES DE GRAN MÉRITO ARTÍSTICO EN LAS PAREDES DE VER TROFEOS MILITARES Y CUADROS ALUSIVOS A LA INDEPENDENCIA.

UNO DE LOS SALONES DE LA CASA, CUYOS MUEBLES Y OBJETOS DE ARTE DECORARON LAS VIEJAS MANSIONES DE LA ÉPOCA DEL VIRREINATO.

Mirándolo todo, preguntándolo todo, vamos recorriendo esta fastuosa mansión, que su propietario conserva con cariño de artista, y cuyas colecciones, en vez de presentar la rigidez de un museo, se ven envueltas en un ambiente de elegancia que revela el depurado gusto de su dueño; y así, al mirar cada mueble, cada jarrón, cada retrato, soñamos con la mano blanca de alguna dama misteriosa, que arrancando su secreto al clavicordio, ponga notas de ensueño en este conjunto de maravillas que tiene el carácter inconmovible de lo destinado a las generaciones futuras.

ANTONIO PÉREZ-VALIENTE.

PRECIOSA VITRINA QUE CONTIENE UNA RIQUÍSIMA COLECCIÓN DE OBJETOS PERTENECIENTES A LA ÉPOCA DE DON JUAN MANUEL DE ROZAS.

MAGNÍFICA PEINETA DE CAREY, CUYAS LABORES SON UN VERDADERO ALARDE DE PERFECCIÓN Y BUEN GUSTO.

OTRA DE LAS VITRINAS DONDE SE VEN MINIATURAS, ABANICOS, JOYAS, MONEDAS Y OTROS OBJETOS DEL TIEMPO COLONIAL.

PAMPA-VIRGEN

EL-BUEY-BLANCO

Por Albino Dardo López

dibujo de Fortuny

Es pródiga la pampa en supersticiones. Lisa la tierra, como un vientre, produce en las imaginaciones rosales fabulosos, florecidos de apariencias. Anima las guapezas con los peligros. Y se levantan de todas partes sombras, duendes, y luces malas, para conjurar la sangre en arrebatos eternos.

Las supersticiones y las credulidades se ligan con nudo ciego. Se alza una tormenta brava — por suposición — que abre el cielo a grietas de fuego y tintas hoscas, y los simples regueros en cruz de sal común, contra los esquineros del rancho, la desvía o aplaca. Una fe profunda en las futilidades, una inocencia natal, vence los imposibles. La lucha con los poderes imaginarios, por dondequiera, resuena a bronces. Y la noción de defensa propia es flexible, peleadora y sagaz.

Lo primitivo, raíz de *piedra que perdura hondo*, no es incondicional. Prejuicio del indio, influye y vale en la raza descendiente, sólo hasta el linde del dominio, sin apagarla en sus sombras...

Si se halla sobre el campo un collar de víboras en celo, como un pulpo con diez o más ramales, el campesino desciende y lo cubre con su poncho. Para tener suerte, dice... Y si no tiene suerte, apela a la salvación segura del cuchillo. Ahí está su capacidad, contra el sino y el enigma, clavada y decidida, rebelde; ahí está el gaucho.

¡El buey blanco!... Lo recuerdo como si lo viera. Alta la talla de frente, en los huesos al perfil un brillo breve de mármol; un influjo de ultratumba. Al verlo ponía frío en la sangre... Y en el estremecimiento, los nervios crispados, se replegaban atropellados al arma; se hacían sobre la empuñadura un ovillo. Era sólo el esqueleto.

Delante, las aguas del río, resbalaban entre la obscuridad nocturna, como un *hilván*, un secreto vivo que se fuera en la línea blanca de una labor desmedida; a lo lejos... Era allí, al pie del agua, junto al vado, que asustaba la aparición. ¡El buey blanco!

— No vaya m'hijito — me habían suplicado maternalmente. — Ya sabe que sale la cosa mala.

¡No ir! La pulpería al otro lado del río, cautivaba, como un libro de láminas bonitas, para quien no sabe leer. Y cercano, en el trebolar, una margarita, como una estrella...

— No me voy a entretener.

Era fiesta. El potrillo manchado, los ojos de mi cara, se impacientaba en el palenque, emprendado ese día con los estribos de brasero del finado mi padre. Los flecos del poncho fino me rozaban con un ruidito de punta de alas la caña de la bota primorosa. En mi cintura relucía un puñal.

— No me voy a entretener...

Y ella suspira, suspira la resignación que es toda su vida triste y buena, mientras me alejo en una mancha pintoresca, con sol bajito.

Ha cerrado la noche cuando regreso. Estos campos del Socorro, son «de mi flor» para el gauchaje. De noche, sobre su placidez lisa de vientre, se siembra de peligros. Si no es la «viuda» que se le sienta en ancas, negra y silenciosa, le traban el caballo sobre las huellas; se lo inmovilizan, como una piedra.

He llegado al pasaje... El potrillo, estremeciéndose, para las orejas, bufa, se abalanza; muerde el freno. Me desemboco el poncho. Siento el escalofrío filtrante del misterio, que me corta las carnes, mientras los nervios se me agolpan, instintivos, al puñal. ¡Ahí está, en la orilla opuesta, el buey blanco!

Vengo nublado de amores y alcohol, pero me despejo; en mi imaginación se trasluce en un relámpago mental, la pampa con el cúmulo de sus mitos y sus fetiches. Y apostrofo la aparición con el insulto más grande que logro concebir: porque eso es recurso para ahuyentar fantasmas. Ni se mueve. El río es hondo y devorador a las dos alas del vado. Volver a la pulpería, es caer de plano en el mayor ridículo.

A los respingos tenaces, se me han saltado los estribos. En el silencio se oye el timbre de plata de los braseros, como esquilones, hiriendo la soledad de las tinieblas. Y en la memoria me golpea ese timbre, con luz súbita, la cláusula espartana de mi padre:

— ¡Del hombre flojo no hay nada escrito!

Dos azotes rudos al potrillo y lo echo al agua. Cierro los ojos. Pero allá, al pisar la otra margen, me parece que me alzan de los cabellos, y los abro, clavo una puñalada en el vacío. El buey blanco está a diez pasos de mí, incrustado en las toscas de la barranca. Rígido el esqueleto, las astas pugnaces; frío; espectral; espantoso... El hilván de las aguas dispara entre la noche. Y siento que aquella sombra yerta se me penetra en el alma, anulándome los sentidos...

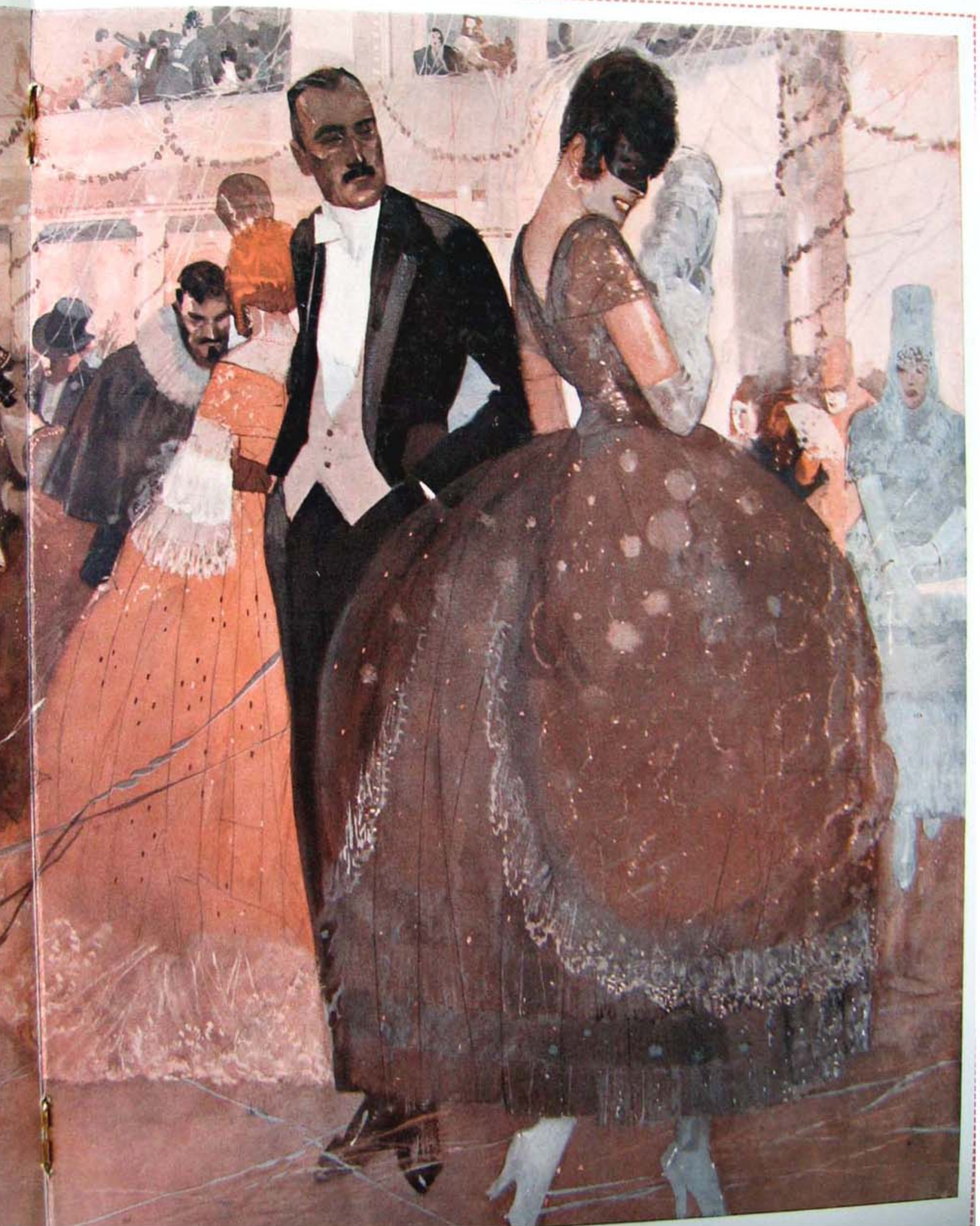
Y me pierdo después en la naturaleza insensible... En una disparada de hervor, he llegado al «puesto», llevado hasta la misma puerta de casa por la lealtad del animal, que jadea y bufa, desde las entrañas abortantes. Mi mamá se ha dormido esperándome en su silla de hunco, reclinada a la cama, con la puerta abierta sobre el campo negro y enorme; en la virtud triste de su santa resignación. La luz de la vela me alumbra el rostro, y ruedo de boca desvanecido en el umbral.

Tal era la *cosa mala* del Socorro. Quién sabe qué combinación de las estrellas y las aguas, qué beso sagrado de los astros, proyectaba sobre las toscas, como un reflejo mortal, la figura sorprendente.

Muchas veces, he presentido traslucirse en mi imaginación, cuando se hunde en el pasado, la estantigua del «buey blanco». Rígido, de astas arriba, con brillo de mármol en los huesos, en la ficción afiebrada de las mentes rústicas, personificando en el fondo del pensamiento la figura cabal y justa de aquella raza mía... Soñándose fuerte, inexplicable, asustadora: ¡firme en la quimera hasta morir! De frente a la corriente honda, que huye por delante de sus ojos, como el secreto vivo de un hilván de ideas, en la línea positiva de la moderna labor social...

Arte fotográfico: Efectos de noche

Fotos de Arcos



ESCENAS DE CARNAVAL

BARBA AZUL

Cuento finisecular

Por el Vizconde de Lazcano Tegui

Huía el tropel de centauros. A la grupa de Sagitario, iba una estrella desmayada en su nebulosa. Diana aligera perseguía la tropa. Por fin llegaba el día y Phaeton en su carro por la ruta dorada. Los centauros se detuvieron. Un bosque de laureles los ocultaba de la divina cazadora. Sobre el césped, que estaba húmedo como una boca amante, el viejo flechero tendió la conquista fugitiva. La estrella se apagaba. ¡Siempre lo mismo! Caían los centauros heridos por las flechas de Diana. Al detenerse, ya a salvo de todos los peligros, la estrella cautiva, moría. Uno de los centauros se dobló vencido. Era el más joven y el más hermoso de la tropa. Un sentimiento le había atravesado el corazón. Estaba perdido. Los centauros eran la representación de la voluntad. Quirón, ya viejo, fué maestro de Aquiles. Sólo consiguió hacer de su discípulo un guerrero. El centauro caído era joven y hermoso. Su cuerpo lucía al sol como una piedra preciosa. Sus barbas eran negras y un reflejo como el que da el acero las hacía parecer azules. Las estrellas lo admiraban. «—Es azul como un planeta»—se decían; y se desmayaban.

La estrella que estaba a su lado le pertenecía. Volvió hacia ella la mirada y sólo vió sus despojos. Hacia el norte caía como en vellones de nieve. «—Son imposibles las estrellas,—se dijo el centauro como si hubiera sido un hombre cualquiera.—No sabré jamás del perfume, de la gloria de una mujer mientras el sol apague con su luz vulgar la luz azul que es la poesía de los astros. Me hundiré en la sombra. Haré en la tierra un agujero.»

Fué así como aquel centauro, que tenía las barbas negras y que parecían azules, descendió a la tierra e hizo su palacio en medio de un desierto de ágata.

¡Cuán negros debían ser los corredores de su palacio de ágata!... La noche habíase acostado en toda su extensión. El centauro minúsculo empleaba varios días en atravesar esa noche de piedra negra que debía alumbrar con sólo una estrella. Y se dispuso a raptarla. Siguió el camino de Asia. Bajo las grandes florestas pasó sin ser advertido. Sobre la India caía el firmamento. Una de las Hyades, hijas de Atlas, lloraba en la ribera sagrada del Ganges la muerte de su hermano Hyas. Nadie la hubiera reconocido al acercarse. Era una simple antorcha que ardía consagrada a Vesta, a Moloch o a Ormuz. Barba Azul la alzó en alto. La llama se convirtió en una larga cabellera, que fué el solo traje con que esbozó cubrir su desnudez la primera mujer de Barba Azul. En la noche del palacio de ágata, el centauro y la estrella fueron felices. Los miles de años pasaron. Diana concluyó poco a poco con todos los centauros.

Barba Azul no dejaba su palacio. Sufría ese sordo miedo de la muerte que embarga a los seres satisfechos; pero una noche sintió que la piedra de su morada se estremecía como si la hubieran golpeado con una vara de oro. Dejó los subterráneos y vió sobre el desierto que un ser extraño avanzaba con una diminuta luz en la mano. Era un hombre, un filósofo. Pitágoras se llamaba. Se hallaba perdido. Barba Azul tuvo un largo coloquio con el griego y le dió, en cambio de la lámpara de arcilla que llevaba el filósofo en la mano, los elementos para su filosofía, e hizo de la lámpara humilde una mujer a quien llamó Sapho. Tenía los ojos de topacio, y no de zafir, como la primera a quien ésta dió luego la mano en el subterráneo.

Vuelven a pasar las horas. Hasta el palacio de ágata llegan voces y ruidos extraños. La vida se va acercando lentamente a la morada silenciosa. Una vez es el príncipe rubio, viajero en el tapiz oriental, el que pasa. Luego es la reina Mab. Simbad el marino costea las tierras maravillosas donde terminan los subterráneos y donde Semiramis cuelga sus jardines y Scherezada acoge en el diván del déspota la peregrinación de sus héroes legendarios a los pies de las princesas fabulosas. La misma reina de Saba, sobre el negro desierto, ilumina en el enorme escenario de ágata sus arañas multicolores que parecen racimos floridos de luz en la noche. Barba Azul consigue por amor uno de esos vasos de aceite donde chispea una mariposa y hace del vaso un efebo con ojos verdes como el Antinoo de Adriano. Luego lo transforma sin gran esfuerzo en una mujer, y es su tercera esposa encantada en la noche de los hipogeos seculares del negro palacio de ágata. Hyades y Sapho llaman a la recién venida Esther, porque tiene los ojos de ópalo.

Los últimos cruzados ya no van a Jerusalén. Es en esa época, en que uno de esos pájaros sueltos roba una recién casada y la abandona luego, tras una breve tragedia, en medio de los campos que no vieron jamás un arado. El dolor de la abandonada sube al cielo y el milagro de la virgen hace de su cuerpo—que es de cera—una bujía, y de su espíritu una llama que al consumirse va preparando su ruta por el aire. Barba Azul, ve consumirse esta bujía al pie de la imagen, que ora por los transeuntes al borde del camino, y la virgen sonríe enamorada. Acepta que Barba Azul lleve consigo la bujía de cera en la que modela el cuerpo de la mujer cristiana, torneada por el deseo, y de su llama, que es una esmeralda líquida, hace sus ojos y el espíritu de su cuarta esposa que a paso de convaleciente sigue, como una iluminada, el rastro del amante persuasivo.

Es la cuarta mujer de Barba Azul. Se llama Laura, y cuando las cuatro mujeres se pierden en el subterráneo hacia los cuatro extremos, Barba Azul ve en ellas los cuatro clavos luminosos de la Cruz del Sur.

Voltaire apaga la luz de los altares como un viento endemoniado. La antorcha de resina de los indios, la lámpara de arcilla de los griegos, el vaso de aceite de los persas, la bujía de los cristianos, todas las llamas que la fe alimentara, en el elogio de los dioses, han sido apagadas de pronto por la impiedad. La cortesanía hace del amor una religión. El hombre se vuelve hacia su compañera bajo el claro de luna. Ese hombre ha visto las fogatas del 89 y del 93. Gretchen, la rubia, velada por un tul de neblinas, la hiperbórea que ilumina como una lámpara de petróleo el *laboratorio de Goethe, salva las fronteras* del Rhin, y como el modelo romántico es la mujer que aparece en Europa en los comienzos del siglo XIX. La que como la lámpara de petróleo ilumina los hogares que se robustecen, pues las guerras se creen concluídas.

Barba Azul, dionisíaco, llevado por esa ansia que caracterizó a todos los héroes paganos, busca la nueva luz, ya nueva lámpara, y halla una rubia que se llama Ofelia. Su nueva esposa tiene los ojos de rubí.

Todas las mujeres de Barba Azul viven envueltas en su propia poesía. Cada cual es un tesoro.

La era del hierro que siguió a la de Saturno, a la de Júpiter, a la de los titanes, y a la de los héroes, según nos lo clasifican Hesiodo y Ovidio, parece terminar. Un nuevo y misterioso elemento se anuncia. Un hombre vulgar, llamado Franklin, lo ha recogido en una forma caricaturesca. El mismo no sabe de lo que se trata. Es demasiado normal su cerebro. Es preciso que surja un desequilibrado, un ebrio, un miserable, burlado de su propia mujer y hondamente genial. Edgard Allan Poe... Es de América, de una tierra nueva que es la proa del porvenir. Poe es su representación. Busca aún los valores del mundo antiguo para establecer los propios. Poe conoce la Europa. Atraviesa Francia y encuentra en un castillo negro a un extraño señor cuya barba parece azul por los reflejos de la luz en ella. Habla de las mujeres con una elocuencia, un calor y un cariño que desorientan. Edgard Poe sufre, en casa de este hombre, un ataque de *matemáticas. Construye* en el momento culminante de su locura una mujer exacta, pero artificial. El extraño huésped, que habla de las mujeres con una elocuencia, un calor y un cariño que desorientan, substrae el invento al americano despreocupado y lo esconde en sus sótanos, que ya no son de ágata sino de tierra común. Todo ha perdido el encanto. La quinta mujer trae a las cuatro prisioneras la noticia del mundo que han hecho los hombres. Ella misma es violenta como la libertad de quien habla. Hace con frecuencia el elogio del pecado, y las cuatro mujeres substraídas por la palabra dulce de la emisaria, desean dejar el subterráneo, «*que ya no es maravilloso*», para correr por los prados de la vida detrás del placer que se les ofrece. Es entonces cuando comienzan los tanteos para huir, y trae Barba Azul el cuerpo de la sexta esposa, llamada Anna, y que parece dormir, muerta antes de nacer, tal como la ha conseguido arrancar de las manos del viajero cuyo nombre ignora y a quien, por lo difuso y vago que era, llama: «Bien del aire».

Poe vuelve a morir a su América, en un banco de plaza. Como el conde de Montecristo, se halla en trance de muerte, cuando se acerca un vendedor de diarios a quien cuenta la aventura de su vida, y le insinúa rapte su obra de las manos del hombre que vivía en un castillo negro y que un reflejo tal tenían sus barbas que parecían azules. El vendedor de diarios es un americano. Es decir: mañana será rey. Conoce la telegrafía y espera que, aplicando la corriente eléctrica al suelo, puede provocar la luminosidad del aparato femenino construído por Poe y descubrirlo donde se halle. Edison se llama el pilluelo, descubre así la luz eléctrica. La mujer que guarda Barba Azul sin vida en el fondo de un cofre y en su subterráneo, despierta de pronto sacudida por el nuevo fluído dominador e ilumina todo el palacio. Hyades, Sapho, Esther, Laura y Ofelia descubren, gracias a tanta luz, la salida del subterráneo que buscaban, y al abrir las puertas mohosas, una corriente de aire las apaga, y caen como las flores secas de un vaso, sobre los escalones de mármol de la entrada. Barba Azul baja a los sótanos, sorprendido de la luz desmesurada, y descubre que sus mujeres han huído. Cree que todo para él ha muerto. Sin embargo, la última mujer luce y derrocha sus maravillas. La americana, la *parvenu* con sus ojos de brillante, mira de arriba abajo al ogro inconcebible de Barba Azul. Este recoge un espejo de plata abandonado por sus favoritas, y comprende el aspaviento de su séptima esposa. ¡Cuán mal le quedan las barbas que hicieron otrora desmayar a las estrellas!... Toma una tijera, las corta y concluye su toilette de bodas para dar lugar a que digan los diarios de mañana: «Celebróse ayer el enlace de la rica americana Anna Edison con el último descendiente de la noble familia Barba di Zurro, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos.»

—Ahí tienes, lamparita de petróleo, la historia que prometí contarte el día en que colocaron luz eléctrica en mi casa y comenzaste a dormir, inútil, en un rincón de la alacena.

DIBUJO DE FRIEDRICH.

LA REGION DE LOS LAGOS

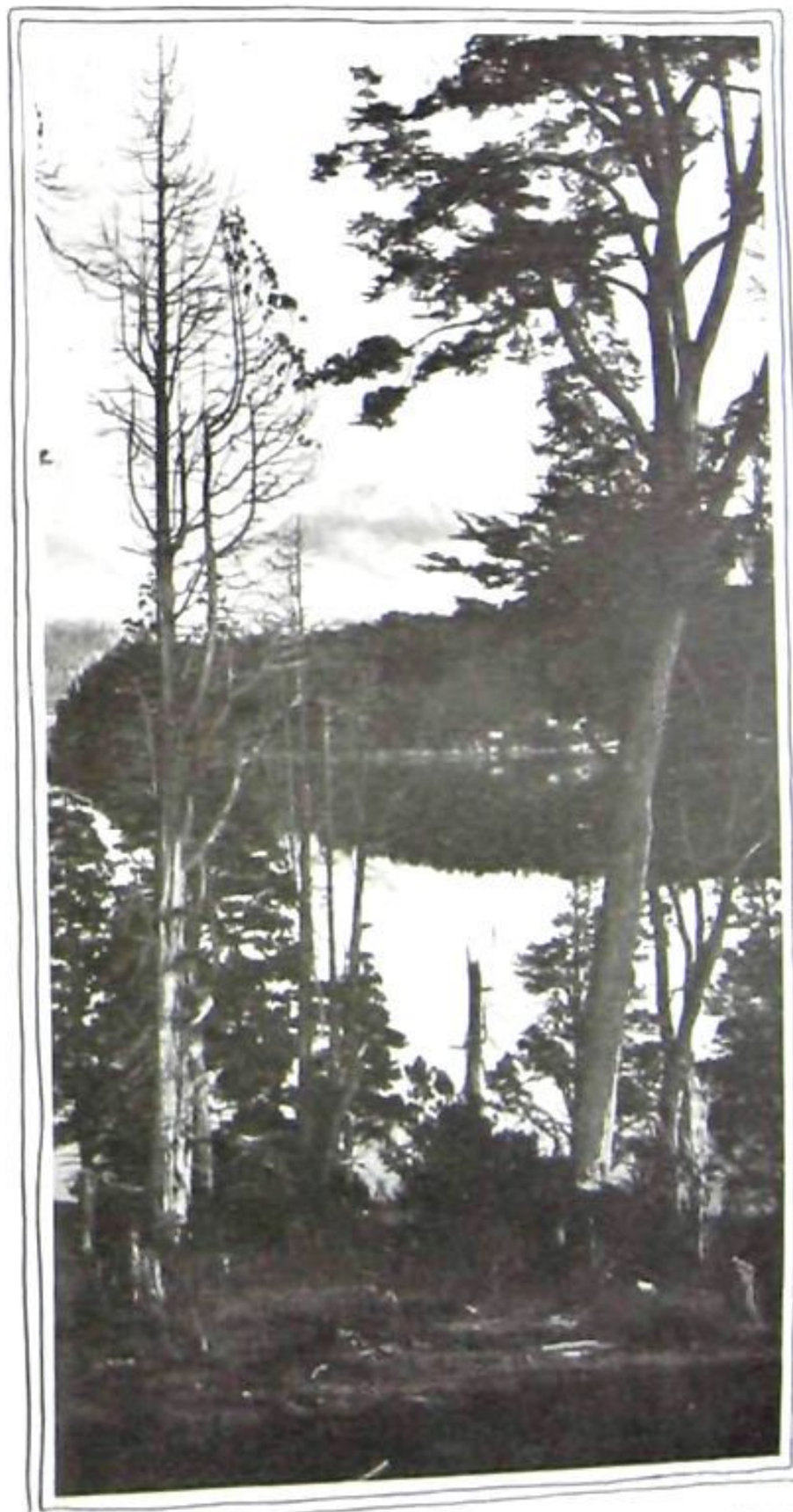
ROCA DE LOS TRES HERMANOS EN EL LAGO NAHUEL-HUAPI

Famosa es en toda América la llamada «región de los lagos», allá por el sur de Chile y Argentina, sobre la frontera de ambas repúblicas. Si la naturaleza no ha sido generosa para con el norte, árido aunque rico en minerales y sales, ha otorgado todas sus bellezas y sus privilegios al sur. La vegetación de una exuberancia de paraíso, los lagos de una belleza admirable, las altas cordilleras llenas de nieves eternas y los bosques vírgenes y tan numerosos que cada nuevo viajero que allí va encuentra siempre algo inexplorado y desconocido donde sea él el primero que ponga sus plantas, todo ello hace del sur de Chile algo así como una Suiza americana, pero con la condición de su virginidad que aumenta su belleza. El hombre de hoy ha pisado poco sobre aquellas regiones y no ha dejado allí ni los pueblos ni los hoteles, ni los ferrocarriles, ni los caminos carreteros que son tan cómodos, pero que van quitando a la naturaleza agreste la belleza de su pureza no profanada. Los adelantos de una época moderna, la avalancha de los comerciantes que van a explorar una región nueva y bella ofreciéndola al turista adinerado, no han llegado aún sino con raras excepciones hasta la Suiza de Sud América. Y si el visitar todo aquello resiéntese de poco cómodo, pues que suelen faltar los hoteles y los buenos caminos, el paisaje gana, y hay en el misterio de esas selvas abandonadas, donde los animales no saben aún temer al hombre, un encanto nuevo en un siglo en que pareciera que ya nada puede permanecer oculto.

En un cómodo automóvil aquellos viajes de paseo y de reconocimiento son muy agradables. Pero no tienen seguramente el interés del que los hace a caballo, a pie muchas veces, y del que tiene que acampar bajo un árbol en vez de hacerlo en un hotel de frontera.

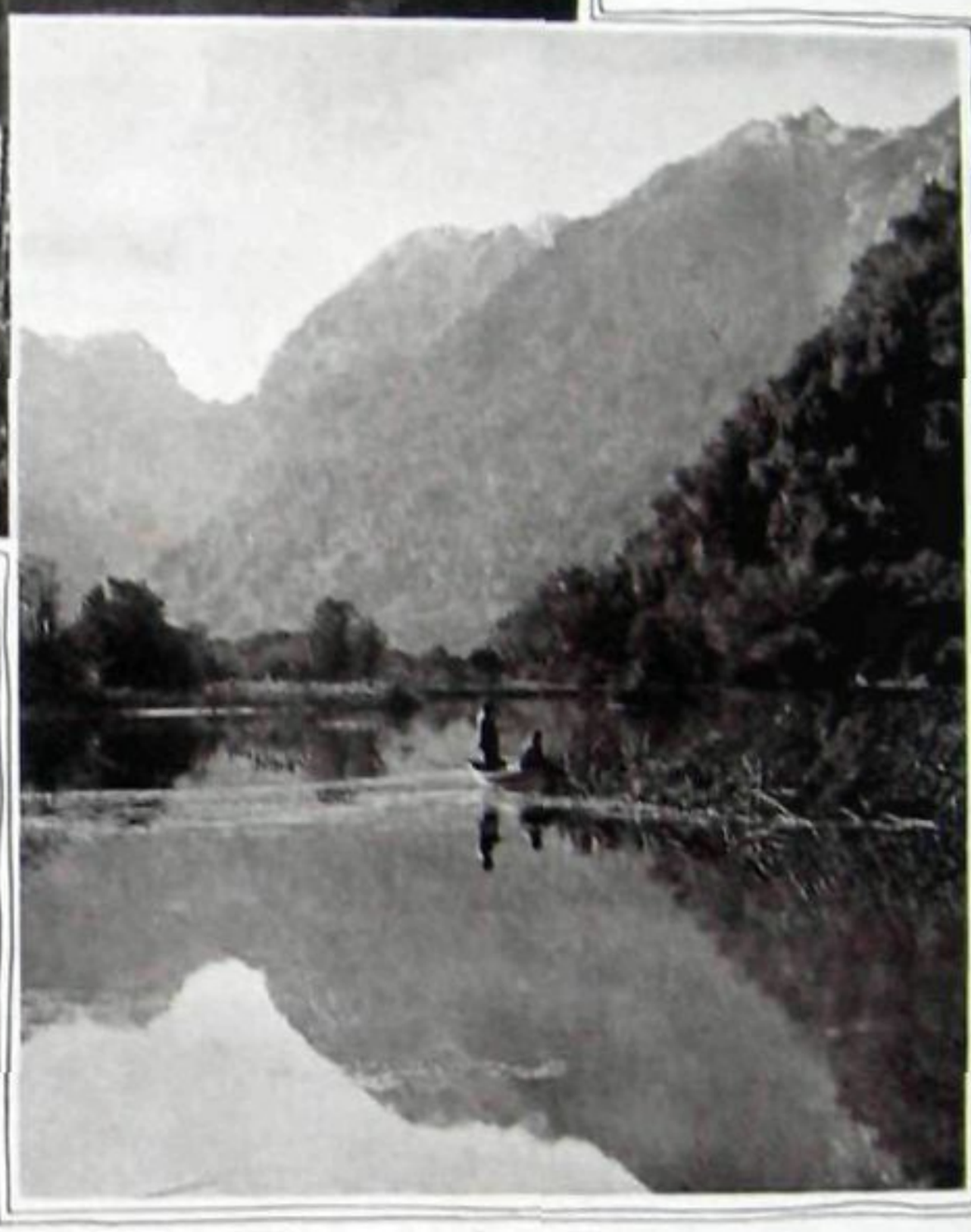
Los lagos, grandes, apacibles, interminables, llenos de vueltas y de rincones, cuajados de islas que son como ramos colosales surgiendo de la calma de sus aguas, dócilmente encerrados a las miradas profanas entre cadenas de cerros que los aprisionan y les cuidan como para impedir que se llegue hasta ellos, constituyen la principal belleza de aquella parte de Chile. Y luego los bosques de altos árboles que parecen conservar aún el recuerdo de los españoles que debieron acampar bajo ellos, mientras corrían tras los araucanos que aún hoy se cobijan en esas regiones, completan el espectáculo interminable de aquel sud que es todo vegetación.

Las industrias van llegando allí. Pero llegan muy primitivas, muy de acuerdo con la región donde se establecen. Y aún se ven cabañas de leñadores que echan abajo los largos troncos a fuerza de hachazos para enviarlos luego, confiados a la corriente de un río, rumbo a una ciudad costera.



ISLA VICTORIA Y CORDILLERA DEL SUD DESDE EL LAGO

OTRA VISTA DE LA ISLA VICTORIA EN PUERTO ANCHORENA



UN CREPVSCVLO EN EL LAGO DE TODOS LOS SANTOS

La frontera es también nutrida en vegetación exuberante, y a través de los Andes esa belleza natural se prolonga hasta el Nahuel Huapi, el más grande de los lagos de aquella parte de América. Y a pesar de tanta belleza puesta a dos pasos de las grandes ciudades, pocos, muy pocos son los que aún pasando por allí desean sentir el placer intenso de ir hacia el interior de esa naturaleza agreste y de conocer una de las regiones más bellas del globo. Y así como son pocos los argentinos que suben hasta el Iguazú, pocos son los que aquí llegan hasta la región de los lagos.

Tendrá que llevarles el auto hasta ella o vendrá, — que es más práctico y más cómodo, — la cinta cinematográfica que por un peso, y desde un asiento, permite contemplarlo todo...

Puerto Varas, enero, 1917. CARLOS FRANCISCO BORCOSQUE.

CIRCA 1929 — LA BOCA DEL VOLCAN CALBUCO DE RANTE LA ERUPCION DE 1929

En el campo, afiebrados de salud, los amoríos son sin contrato, ensueños de más belleza. Vienen como el aire, imprevistos, con sus albricias de vida. Filtran alucinaciones en la sangre. A veces en el trino de un ave, que abanica las alas en el alero, bajo la inmensa campana del cielo azul, se descubre la misión de los corazones...

Se sabía en el pago la culpa de aire y trino, de salud y alucinación, de la hija de don Cipriano. Linda era la muchacha, el lujo de aquella suerte de tierra. Y se recordaba asimismo la silueta del gauchito pinturero, andante y tahur, que allá en una oración cruzó el campo, pomposo, con la prenda apuntada en flor de años al anca. E igualmente que un alba, con la creación dormida, la paloma sollozaba en la tranquera, devuelta al nido por el gavilán vicioso.

Bruto el golpe, de traidor, animó los huesos del viejo. ¡Su hijita, la pobrecita! Salto en pelos un mancarrón, y persiguió al tuno que se alejaba desparpajado, ávida la boca amarilla del trabuco antiguo, en el puño endeble. Huida burlesca, de mozo en flete sobrado, que mantenía la distancia a media rienda, fuera de tiro, riendo.

—¡No estar Fausto! —rugió el pecho, al recesar, impotente.

Y quedó el dolor, un dolor hondo que le enmudecía. Ni una palabra agria, ni una maldición. ¿Para qué, por qué? ... Y aun, quien sabe si en el egoísmo humano, un leve soplo satisfactorio no velaba la angustia presentida del abandono.

Hasta en la campaña el hombre es pura contradicción.

Vivía solo. Eterno ovejero al tercio. De mozo, recordaba aventuras; pero nunca de haberlas llevado a término de «raírse» de nadie. Eso no. El hombre que se ríe de otro, y más de quien no puede medirse a él, es un infame, un sotreta; no es un hombre.

Y la criatura de amores, que deshojara su inocencia para adquirir el conocimiento de la vida, respiraba los días, así, con su pesar en el alma. Más bella, con los años, como una nube...

No se hubiera creído que este Fausto, peón, buenote, encerrara en su pecho esa pasión poderosa. Las plantas fuertes arraigan hasta sobre los pedruscos.

Era criado de don Cipriano. Rudo de aspecto, envejeciéndose, con alguna risa vulgar, que el enracimaba las carnes. Se le volaban, como un trino, y de seguido quedaba serio, caviloso.

¿Qué pensará, Fausto?

Qué cosa será la muerte.

Y soltaba su risotada, brusca y zafiosa. Servía de tractero en la estancia. Amigo más íntimo, nunca tuvieron los perros. Cuando el trabajo lo dejaba libre, su casa preferida era la de don Cipriano. La vió crecer a Lina, y en el fondo de su aquietamiento, su cariño, apenas esta, se hizo raíz secreta esa ternura, y sobre ellos también, flotaría un torbellino de locura mareadora, la huida, vida a historia.

Sí, ¿qué cosa será la muerte? Ahora ya lo repetía el mozo sin reírse.

¡No estar Fausto! Irreparable, si él está, la burla no hubiera sido, ante la punta aguda de los cuchillos.

Cae la tarde, a plenura de sombras. Una nube, que se hincha cortada en el horizonte, parece una mujer trigueña con el rostro quemado por el sol. Tendido de boca el tractero, Fausto siente la respiración cálida de la tierra, palpitando sorprendente en el secreto de su vida... Lina está sentada a dos pasos, junto al umbral. Y de repente el pecho, ebrio en vigores, parece que dice solo.

—El ruedo de tu pollera se me hace una caída manga e cielo, que tapara todas mis desdichas.

—¿Que decís?

—Nada.

Y fluye la risotada, brusca y tintadora. Se ríen los dos. Y el pecho otra vez emite.

—Y tiene olor. Todita vos tenís hoy olor a campo de amores frescos.

—¡Vean con lo que sale!... ¿Qué estás diciendo?

—Nada.

Se oye el balar de las ovejas. Una mancha blanca, movil y curva, se divisa al rasar el lomo de una cuchilla.

—Por allá viene tata; voy a echarle agua a la pava.

—Yo voy abrir la puerta del corral.

Ninguno se mueve. La sombra se cristaliza. Y la potencia de la tierra domina bajo del hombre.

—Han de haber ya como vainte años. Ma.

—De qué, ¿pero tas hablando solo?

Amaga otra risa, pero en los ojos se vislumbra la humedad de una lucha cercana. Las mechas se le alcanan. Y los dedos se hincan, contraídos, al suelo palpitador.

—Ma de vainte años... Ma de vainte.

—¿Pero de...

—Ma de vainte años, pus, mas mucho... que t'estoy querendo, pues. ¡Y nunca esta boca fue mía, malhaya!

Los ojos de la criolla resbalan al largo de la trenza renegrida. Desconoce al infeliz Fausto, su hermano de cría. Y el pecho también comienza a hincharse, en buches vastos.

—¡Nunca hasta aura; esta boca fué mía! Y aura, ¡ay es, como de milagro, me has de decir si quieres pagar por tu gusto este querer... O d'ensillar aurita, y me dir ya siempre, quien sabe ande...

—Fausto... ¿Pero vos no sabes?

—Claro que sé, sí.

—Y entonce, ¿como habías e poder quererme, como decís?...

Se yergue, medio en contrapies.

—¡Porque yo he sembrao mis quereres en tu alma, más hondo que la vida mesma! Y tengo por seguro, como la luz, que cuando vos me quieras, sus flores serán más vírgenes que las estrellas del cielo.

—¡Pobre Fausto!

—Contestá.

—Endespués, dejame...

Se oye más próximo el balido de las ovejas. La criolla llora, silenciosa, a goteras regando el pecho.

—¿Queris que yo se lo diga a tata viejo?

Aletean los párpados. La voz se arrastra, como una cinta de arenas.

—Deciselo.

No hay el arrebato pasional del triunfo. Se esbozan, reconcentrados. Y la sombra cristalizada, los cobija, como una boca de inmensidad, secreteando en las almas...

DESIDERIO ESPLUGAS.

DIBUJO DE PELAEZ

VESTIGIOS

Rico y ahora desmesuradamente rico, de lo antiguo, resucitan todos los dioses y todos los héroes. «Las estrellas se han hecho catedrales y las chozas palacios», podemos exclamar enmendando a Shakespeare, «en los nidos de antaño hay pájaros hogaño», podemos decir corrigiendo a Cervantes.

Porque el pasado se halla más cerca de nosotros, y ese cariño que sentimos hacia las cosas arcaicas, no es ya manía de coleccionistas ni locura de grandezas, obedece a un altísimo impulso.

Es en la prosa tendencia al castiscismo, clásica eurítmia en el verso, noble imitación en la pintura y en la escultura, y sencillez melódica en la música. Las estrellas se pueblan de dioses helenos, se cantan tradiciones o buscan poesía entre las cosas humildes, los mistiros y los conceptistas vuelven a dar calor y animación a los párrafos, el pincel quiere pintar con patina. Y todos volvemos los cansados ojos hacia el arte y las creencias de otros siglos. Un nuevo Renacimiento ha florecido.

Hasta hace pocos años, teníamos puesta nuestra fe en el porvenir, y se nos aparecía claro, seguro; pero ahora, la duda, cansada de roer hígados de imágenes viejas, clava su pico de buitre en el cuerpo de lo venidero.

Quizás nunca haya sido tan diáfano el porvenir como ahora, en que se decide el destino de nuevas generaciones, tal vez dentro de una mente genial se elabore el chispazo que revolucione el mundo; pero nunca hemos visto el porvenir más inseguro ni el pasado tan seductor.

UN BALCON ARTISTICO EN LA PAZ (BOLIVIA)

Así fué durante los albores del Renacimiento. El paganismo se había infiltrado nuevamente y las estatuas helenas resucitaban. Los Pontífices adoraron entonces la belleza herética del mármol, hecho carne sin sangre. Los ojos ciegos de Homero y de sus dioses guiaron otra vez al mundo. Los imitadores no formaban ya el servil rebaño de que nos habló Horacio, imitar el arte de que abjuraron San Juan Evangelista y San Pablo, fué un afán noble y cristianísimo.

Uno de esos descubrimientos inauditos que no caben en todas las cabezas humanas, sino en una sola, — la imprenta, — había realizado el milagro. La imprenta vulgarizó la sabiduría artística, embelleciendo las imaginaciones. Pero, la imprenta esparció también la sabiduría religiosa dando inesperada juventud a la Biblia, y la Reforma retrocedió más en el camino recorrido, y este retroceso fué como los pasos que un saltarín da para tomar mayor empuje.

En nombre de Abrahán y de Elías, la Reforma renovó inmediatamente un gran trozo de mundo y mediatamente todo el globo. Los cabezas de reyes cortadas a cercen, dos testas lívidas y frías como el mármol, las de Carlos I, de Londres, y Luis XVI, de París, jalonan ese camino sangriento.

La Historia minia los hechos, limita las épocas, relata al soldado el combate en que luchó a ciegas. Cuando estos tiempos sean una miniatura encuadrada por las hojas del libro, se explicarán muchas cosas hoy confusas.

Tal vez el cerebro genial, espacioso, donde se encierre lo que no cabe en todas las cabezas humanas, dió ya su fruto de renovación.

Tal vez se haya iniciado la Reforma nueva. Nosotros, como ciegos en el mar, únicamente sentimos la voz de las tempestades, el vaivén de las olas y el terror a lo ignoto. Serpiente invisible y león furioso es el océano para los ciegos.

Rendimos culto a los vestigios del pasado. Los cachivaches, los restos, las ruinas y la naturaleza, que es una enorme ruina de lejanos cataclismos, nos seducen.

Este balcón tallado como un mueble lleno de flores como una maceta vale ahora lo que hace años no valía para el vulgo el púlpito de San Marcos. Ese portón de iglesia nos parece ahora arco triunfal. La hermosura de ambos es un consuelo, un sedante, para nuestra inquietud y nuestra neurastenia. Caemos bajo el encanto de las cosas raras, vencedoras de los siglos.

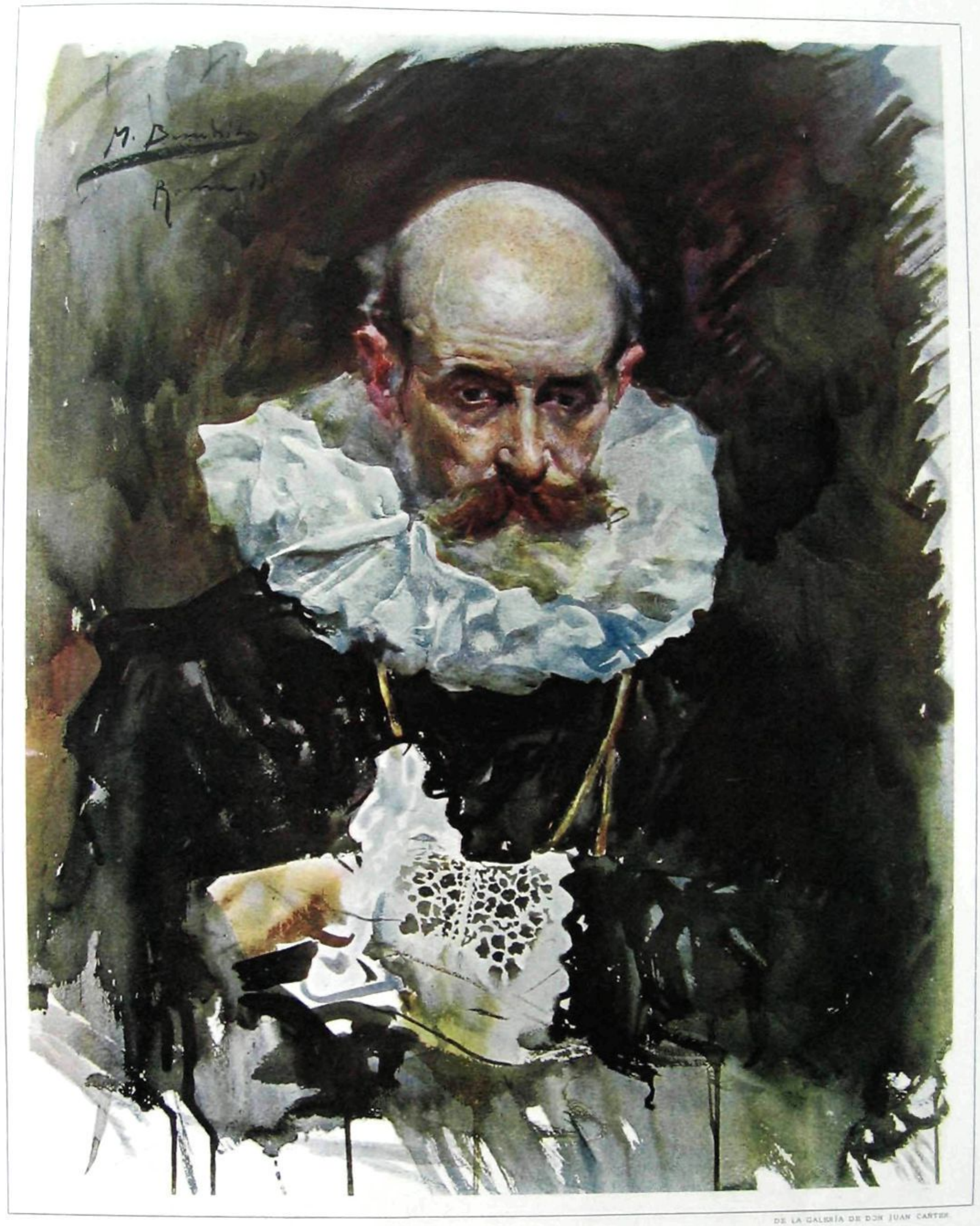
Fetichistas hoy, iconoclastas acaso mañana, nos refugiamos, por ahora, en el ayer; hacemos el recuento de la herencia común, admirándonos de haberla malgastado.

Revisión de valores es la frase inventada para bautizar esa tendencia, ese amor redivivo y a ese odio que se se siente contra los malos imitadores. Sí; revisión de valores, balance general en tiempo de bancarrota, examen de conciencia artística.

Resucitan todos los dioses y todos los héroes para asistir al nacimiento de algo nuevo. Los vestigios se transforman en augurios. Es el tiempo en que renacen los patriarcas para oír los trenos de un profeta.

EDVARDO DEL SAZ

ARCO DE ESTILO COLONIAL, EN SALTA.



DE LA GALERÍA DE DON JUAN CARTER

ARTE MODERNO

DE NOBLE ESTIRPE

ACUARELA DE MANUEL BENEDITO

Aspiración

Con los ojos encendidos
de misteriosos anhelos
sueña trocar sus vestidos
humildes, por terciopelos

Y la falsa pedrería
que en sus manos resplandece
por la diadema que un día
la vida galante ofrece.

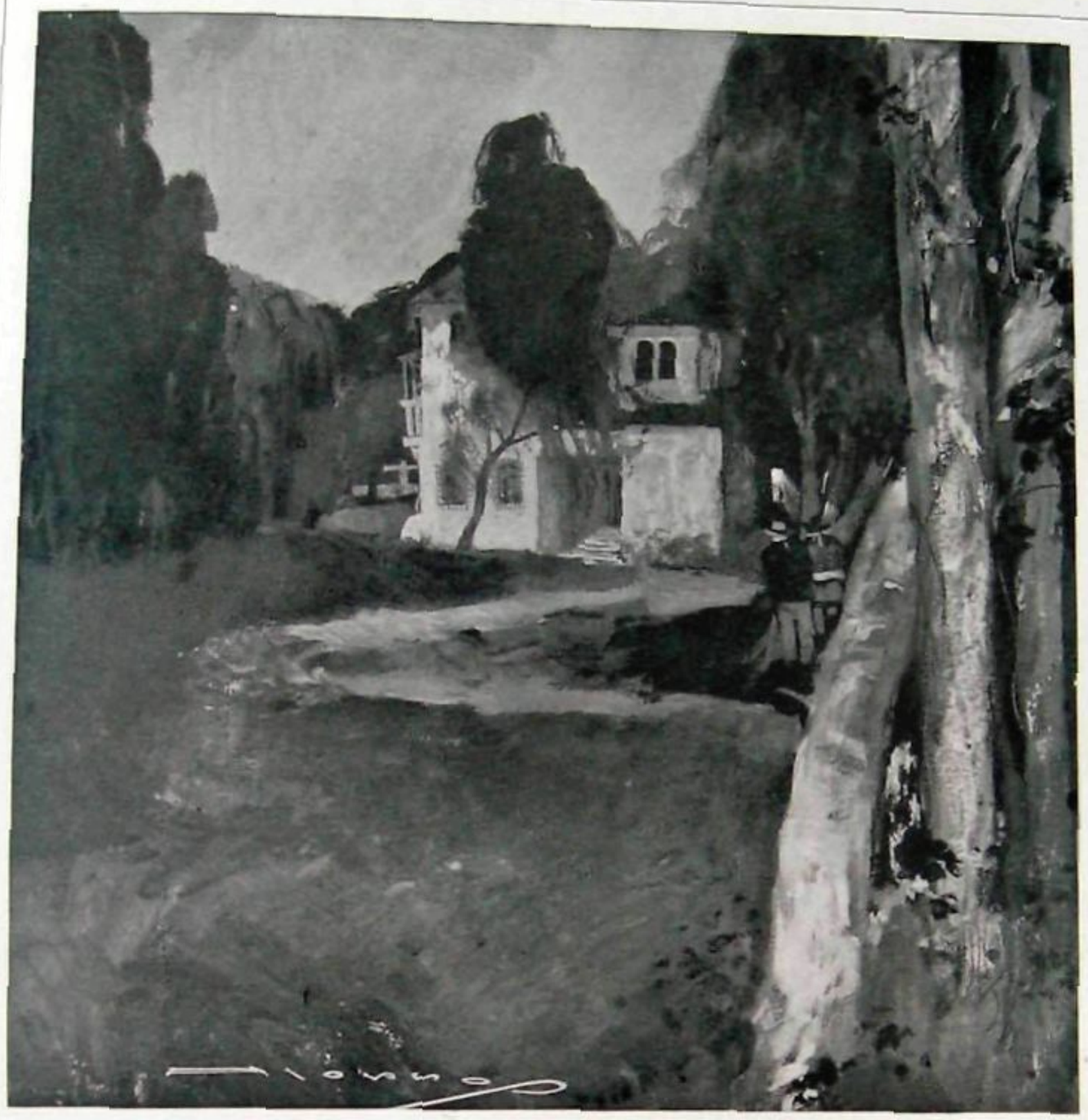
Lleva en el rítmico paso
la provocativa audacia
que pone en sus flechas Eros:

Y en sus mejillas de raso
se tiñe un carmín de gracia
con los amores primeros:

Enrique de Leguina

Firmas Ajenas

INTERIOR



PERSONAJES:

En el jardín:
El Anciano.
El Forastero.
Marta y María. | Nietas del Anciano.
Un Aldeano.
El Pueblo.

En la casa:
El Padre.
La Madre.
Las dos hijas. | Personajes mudos.
El Niño.

Un viejo jardín plantado de sauces. Al fondo una casa, cuyas tres ventanas de la planta baja están iluminadas. Se ve claramente una familia que vela a la luz de la lámpara. El padre está sentado junto a la chimenea. La madre, con un codo apoyado en la mesa, mira al vacío. Dos jovencitas vestidas de blanco, bordando, sueñan y sonríen en la tranquilidad de la estancia. Un niño dormita, con la cabeza recostada sobre el hombro izquierdo de la madre. Si alguno de ellos se levanta, camina o hace un gesto, parece que sus ademanes son graves, pausados, extraños y como desvanecidos por la distancia, la luz y el cristal empañado de las ventanas.

El anciano y el forastero entran cautelosamente en el jardín.

EL ANCIANO. — Estamos en la parte del jardín que se extiende detrás de la casa. Aquí no vienen nunca. Las puertas dan al otro costado. Están cerradas; los postigos también. Pero de este lado no hay postigos... he visto luz... Sí; velan a la luz de la lámpara. Por suerte, no nos han sentido; si no la madre y las hijas habrían salido, y entonces ¿qué habríamos hecho?...

EL FORASTERO. —Y ahora, ¿qué haremos?

EL ANCIANO. — Antes de nada quisiera ver si están todos en la sala. Sí; veo al padre sentado junto a la chimenea. Espera, con las manos sobre las rodillas... La madre se acoda en la mesa.

EL FORASTERO. — Nos mira...

EL ANCIANO. — No; no sabe lo que mira; ni pestañea siquiera. No nos puede ver; estamos a la sombra de grandes árboles. Pero no os acerquéis, por si acaso... Las dos hermanas de la muerta están también en la habitación. Bordan despacio. El niño se ha dormido. El reloj que está en el rincón marca las nueve... No sospechan nada, no hablan.

EL FORASTERO. —Si pudiéramos llamar la atención del padre y hacerle una seña. Ha vuelto la cabeza de este lado. ¿Queréis que llame a una de las ventanas? Convendría que uno de ellos lo supiese antes que los demás...

EL ANCIANO. — No sé qué hacer... Es necesario tomar grandes precauciones... El padre está viejo y enfermizo... La madre también, y las hermanas son demasiado jóvenes todavía... Y todos la querían como no querrá nadie... Nunca había visto una casa más feliz... No, no; no os acerquéis a la ventana; sería peor que otra cosa... Mejor será anunciarlo lo más sencillamente que se pueda; como si se tratara de un suceso ordinario; y no aparecer demasiado tristes; sino, su dolor superará al vuestro y no sabréis qué hacer... Vamos al otro lado del jardín. Llamaremos a la puerta y entraremos, como si no hubiera sucedido nada. Yo entraré primero; no se sorprenderán al verme; vengo algunas veces, de noche, a traerles flores y frutas y a pasar algunas horas con ellos.

EL FORASTERO. — Y ¿para qué necesitáis que os acompañe? Id solo; esperaré a que se me llame... No me han visto nunca... No soy más que un viandante, un forastero...

EL ANCIANO. — Prefiero que me acompañéis. Una desgracia que uno anuncia en compañía es menos brusca, menos pesada... Por el camino venía pensándolo... Si entro solo, tendré que hablar desde el primer momento; lo sabrán todo en pocas palabras y no me quedará más que decir; y yo temo al silencio que sigue a las últimas palabras que anuncian desdicha... Entonces es cuando el corazón se desgarra... Si entramos juntos después de largos rodeos les digo, por ejemplo: se la encontró así... Flotaba sobre la corriente; tenía las manos juntas...

EL FORASTERO.—No tenía las manos juntas; sus brazos pendían a lo largo del cuerpo.

EL ANCIANO. — Ya veís que uno había sin querer... Y la desgracia se pierde en los detalles... En cambio, si entro solo, cuento el hecho como lo sé, y a las primeras palabras se asustarán y Dios sabe lo que sucederá... Pero si nosotros alternamos, nos escucharán y no pensarán tanto en la mala noticia... No olvidéis que la madre estará allí *y que su vida es ya bien poca cosa... Será* bueno que la primer oleada se rompa sobre algunas palabras inútiles... Es preciso hablar un poco alrededor de los desdichados y no dejarlos solos... Los más indiferentes se llevan, sin saberlo, una parte del dolor... El dolor se reparte, así, sin ruido y sin esfuerzo, como el aire o la luz...

EL FORASTERO. — Vuestras ropas están empapadas; gotean sobre las piedras.

EL ANCIANO. — El ruedo de la capa; nada más... Parece que sentís frío. Tenéis el pecho cubierto de tierra... No lo había notado por el camino, con la oscuridad...

EL FORASTERO. — Me entré en el agua hasta la cintura.

EL ANCIANO. — ¿Hacía mucho que la habíais encontrado, cuando llegué?

EL FORASTERO. — Unos instantes apenas. Iba hacia la aldea; era ya tarde y la ribera se ponía oscura. Caminaba, con los ojos fijos en la corriente porque estaba más clara que el camino, cuando diviso una cosa extraña, a dos pasos de un cañaveral... Me acerco y veo su cabellera; se le había levantado casi en círculo por *encima de la cabeza* y daba vueltas siguiendo a la corriente...

En la habitación, las dos jovencitas vuelven la cabeza hacia la ventana.

EL ANCIANO.—¿Vistéis? La cabellera de las dos hermanas tembló sobre sus hombros...

EL FORASTERO. — Han vuelto la cabeza de nuestro lado... Han vuelto la cabeza, sencillamente. Acaso hablé demasiado fuerte. *Las dos hermanas recobran su posición anterior.* Ya no miran... Entré en el agua hasta la cintura y pude cogerla por una mano y sacarla sin esfuerzo a la orilla... Era tan hermosa como sus hermanas...

EL ANCIANO. — Más hermosa, quizá... No sé por qué he perdido todo valor...

EL FORASTERO. — ¿De qué valor habláis? Hicimos todo lo que se podía haber hecho... *Estaba muerta de hacía más de una hora...*

EL ANCIANO. — ¡Y aún vivía esta mañana!... La encontré al salir de la iglesia... Me dijo que se marchaba: iba a ver a su abuela al otro lado de ese río en que la habéis encontrado... Debió estar a punto de pedirme algo; pero no se atrevió y huyó de junto a mí bruscamente. Ahora pienso en ello... ¡Y no vi nada!... Sonrió como sonríen aquellos que quieren disimular sus inquietudes o que tienen temor de que no se les comprenda... Parecía que le dolía esperar... Tenía los ojos empañados; casi no me miró...

EL FORASTERO. — Unos aldeanos me dijeron que la habían visto vagar por la ribera hasta la noche... Creyeron que buscaba flores... Se teme que su muerte...

EL ANCIANO. — No se sabe... ¿Qué es lo que uno sabe? Acaso era de esas que no abren nunca su alma, y cada uno lleva en sí más de una razón para no vivir... No se ve en el alma como se ve en esa habitación. Todas las almas silenciosas son así... No dicen más que cosas superficiales, y nadie sospecha nada... A lo mejor, vivimos los meses al lado *de alguien que no es de este* mundo; falta sinceridad en su alma; le respondemos sin pensar; y ya veis lo que sucede... Tienen un aspecto de muñecas inmóviles y ¡pasan tantos acontecimientos en su fondo!... Ni ellas mismas saben qué son... La pobrecita habría vivido, como viven otras... Habría dicho hasta su muerte: «Señor, señora, ¿lloverá esta mañana?»; o: «Vamos a almorzar; seremos trece a la mesa», o: «La fruta no ha madurado todavía». Hablan sonriendo a las flores caídas y lloran en la soledad... Ni un ángel sabría ver con penetración; y el hombre sólo comprende cuando es tarde... Anoche estaba allí, bajo la lámpara, como sus hermanas, y, sin embargo, no las habríais visto como se las *debía ver, si esto no hubiese sucedido...* Ahora creo verlas por primera vez... Es necesario añadir algo a la vida ordinaria para poderla comprender... Están a vuestro lado; no dejáis ni un momento de mirarlas; pero no las veis sino en el momento en que se marchan para siempre... Y, sin embargo, ¡qué extraña alma debió tener! ¡qué humilde e ingenua e inagotable alma tuvo, hija mía, si dijo lo que debió haber dicho, si hizo lo que debió hacer!...

EL FORASTERO. — En este momento sonríen en silencio en la habitación...

EL ANCIANO. — Están tranquilos... Ya no la esperan esta noche...

EL FORASTERO. — Sonríen sin moverse... El padre se lleva ahora un dedo a los labios...

EL ANCIANO. — *Señala al niño dormido* sobre el corazón de la madre...

EL FORASTERO. — La madre no se atreve a mover los ojos por temor a despertarle...

EL ANCIANO. — Las niñas ya no trabajan... Hay un gran silencio...

EL FORASTERO. — Han dejado caer la madeja de seda blanca...

EL ANCIANO. — Miran al niño...

EL FORASTERO. — ¡Si supieran que otros los están mirando!...

EL ANCIANO. — Alguien nos mira a nosotros también...

EL FORASTERO.—Han levantado la vista...

EL ANCIANO. — Y, sin embargo, nada pueden ver...

EL FORASTERO. — Parecen dichosos; sin embargo, no sabemos lo que piensan en este momento...

EL ANCIANO. — Se creen al abrigo de todo... Han cerrado las puertas; las ventanas tienen rejas... Han asegurado los muros de la vieja casa; han puesto cerrojos al castillo... Han previsto todo lo que se puede prever...

EL FORASTERO. — Habrá que terminar por decírselo... Cualquiera podría venir y anunciarlo bruscamente... Había muchos aldeanos en la pradera donde estaba la muerta... Si alguno de ellos llamase a la puerta...

EL ANCIANO. — Marta y María están al lado de la muerta. Los aldeanos iban a hacer una camilla con ramaje y le dije a la mayor que viniera a avisarnos tan pronto como se pusieran en marcha. Esperemos a que *venga;* me acompañará... No debimos mirarlos así... Yo creí que no habría más que llamar a la puerta, entrar sencillamente, preparar algunas frases y contar... Pero les he visto vivir demasiado tiempo a la luz de su lámpara. *Entra María.*

MARÍA. — Ya vienen, abuelo.

EL ANCIANO. —¿Eres tú...? ¿Dónde están?

MARÍA. — Allá abajo, al pie de las últimas colinas.

EL ANCIANO. — Vendrán en silencio.

MARÍA. — Les dije que rezaran en voz baja. Marta los acompaña...

EL ANCIANO. —¿Son muchos?

MARÍA. — Toda la aldea viene detrás. Trajeron luces, pero les dije que las apagaran.

EL ANCIANO. — ¿Por dónde vienen?

MARÍA. —Por los atajos. Caminan despacio.

EL ANCIANO. — No hay más remedio: debemos decidirnos...

MARÍA. — ¿Se lo ha dicho usted, abuelo?

EL ANCIANO. — ¡Qué íbamos a decir, hija mía!... Todavía esperan... Mira, hija, mira: verás algo de la vida...

MARÍA. — ¡Oh! ¡Qué tranquilos, Dios mío!... Me parece verlos en sueños...

EL FORASTERO. — ¡Cuidado!... Las dos hermanas se han estremecido...

EL ANCIANO. — Se levantan...

EL FORASTERO. — Parece que se acercan a las ventanas... *Una de las dos hermanas, de quienes hablan, se acerca en este momento a la primer ventana; la otra, a la tercera. Apoyan las manos en los cristales y miran largo rato en la oscuridad.*

EL ANCIANO. — Nadie viene a la ventana de en medio...

MARÍA. — Miran... Escuchan...

EL ANCIANO. — La mayor sonríe a lo que no ve...

EL FORASTERO. — Y la otra tiene los ojos asustados...

EL ANCIANO. — Tened cuidado; no se sabe hasta dónde el alma se extiende en redador de los hombres... *María se acurruca en el pecho del anciano y le abraza.*

MARÍA. — ¡Abuelo!...

EL ANCIANO. — ¡Hija mía!... Calla... no llores... También a nosotros nos llegará la vez... *Silencio.*

EL FORASTERO. —¡Cuánto tiempo miran!...

EL ANCIANO. — Miles de años estarían mirando y no verían nada, las pobres... La noche está muy oscura... Miran hacia aquí, y la desgracia se acerca por el otro lado...

EL FORASTERO. — Felizmente, miran hacia aquí... No sé qué es lo que se acerca por entre los prados.

MARÍA.— Creo que son ellos... Están tan lejos todavía que apenas se les distingue...

EL FORASTERO. — Siguen las ondulaciones del camino... Ahora vuelven a aparecer junto a un talud alumbrado por la luna...

MARÍA. — ¡Cuántos son!... Venían ya por el arrabal cuando yo los dejé... Han dado una vuelta muy grande...

EL ANCIANO. — Y vendrán, a pesar de todo... Sí, ahora los veo yo también... Caminan a través de los prados... Parecen tan pequeños que apenas se les distingue... Cualquiera los creería niños jugando a la luz de la luna; si ellos los vieran no comprenderían nada... Les volverán la espalda, pero se acercan a cada paso. Hace más de dos horas que la desgracia aumenta. Ellos no pueden impedir que aumente, y los que la traen no la pueden detener... La desgracia manda también y hay que servirla... Tiene su fin y sigue su camino... Lleva una idea fija... Deben prestarle sus fuerzas... Están tristes, pero vienen... Tienen compasión, pero deben avanzar...

MARÍA.—La mayor no sonríe ya, abuelo...

EL FORASTERO.—Se alejan de las ventanas.

MARÍA. — Abrazan a la madre...

EL FORASTERO.—La mayor ha acariciado los bucles del hermanito, que no se despierta.

MARÍA. — ¡Oh! También el padre quiere que le abracen a él...

EL FORASTERO. — Mientras tanto, sigue el silencio...

MARÍA. — Vuelven al lado de la madre...

EL FORASTERO. — El padre sigue con la vista el péndulo del reloj...

MARÍA. — Cualquiera diría que rezan sin saber qué hacen...

EL FORASTERO. — O que escuchan sus almas... *Silencio.*

MARÍA. — ¡Abuelo, no se lo diga usted esta noche!...

EL ANCIANO. — ¿Lo ves? También tú pierdes el valor... Sabía yo que no debíamos mirarlos. Cerca de ochenta y tres años tengo, y es la primer vez que la vista de la vida me hiere. No sé porque todo lo que hacen me parece tan extraño, tan grave... Pasan la noche, sencillamente, a la luz de su lámpara; del mismo modo la habríamos pasado nosotros a la luz de la nuestra; y sin embargo, parece que los veo desde lo alto de otro mundo: es que sé una humilde verdad que ellos no saben todavía... ¿Es eso, hijos míos? Decidme, ¿por qué vosotros estáis pálidos también? ¿Es que hay algo en la vida, que callamos y nos hace llorar? Yo no sabía que la vida tuviese algo tan triste; algo que diese miedo a los que lo miran... No habría sucedido nada y ahora me daría miedo verlos tan tranquilos... Tienen demasiado confianza en este mundo... Ya veis, sólo unas pobres ventanas los separan del enemigo... Creen que no les sucederá nada porque han cerrado la puerta; pero no saben que todos los días sucede algo en las almas y que el mundo no termina en las puertas de las casas... Están seguros de su corta vida y no sospechan que yo, pobre viejo, aquí, a dos pasos de su puerta, tengo toda su felicidad entre mis manos viejas que no me atrevo a abrir...

MARÍA. — ¡Abuelo! Tenga usted compasión...

EL ANCIANO. — Bien los compadecemos, hija mía; pero de nosotros, ¿quién tiene compasión?...

MARÍA. — Se lo dirá mañana, abuelo; cuando sea día... No estarán tan tristes...

EL ANCIANO. — Tal vez tengas razón... Valdría más dejar todo esto en la noche... La luz aplaca el dolor... Pero, ¿qué nos dirían mañana? La desdicha es celosa y aquellos a quienes ha herido quisieran conocerla antes que los demás... Los desdichados no quieren que se abandone su desgracia en manos de los extraños... Parecería que les habíamos robado algo...

EL FORASTERO. — Además ya no hay remedio: oigo el murmullo de los rezos...

MARÍA. — Ya están ahí... Pasan por detrás de la valla... *Entra Marta.*

MARTA. — Por fin... Los guié hasta aquí. Les dije que esperaran en el camino. *Se oye griterío de chicos.* ¡Oh! ¡Esas criaturas!... Gritan todavía... Les había prohibido venir, pero quieren ver lo que pasa, y las madres no hacen caso... Iré a decirles otra vez... No; ya se callan... ¿Está todo listo?... Traje la sortija que llevaba puesta... Yo misma la puse en la camilla... Parece dormida... ¡Me costó más trabajo!... No podía arreglarle el pelo... Hice coger margaritas... Es triste, pero no había otras flores... Pero, ¿qué hacen ustedes ahí? ¿Por qué no están con ellos?... *Mira a las ventanas.* No lloran... están... ¡No se lo han dicho!

EL ANCIANO. — ¡Marta, Marta! Hay mucha vida en tu alma; tú no puedes comprender...

MARTA. — ¿Por qué dice usted eso?... *Después de una pausa, con tono de reproche.* No debió usted hacer eso, abuelo...

EL ANCIANO. — Marta, ¡si tú supieras!...

MARTA. — Iré yo a decírselo.

EL ANCIANO. — Espera, hija mía; mira un instante...

MARTA. — ¡Qué desdichados!... No; no pueden esperar más...

EL ANCIANO. — ¿Por qué, Marta?

MARTA. — No sé; pero esto no es posible...

EL ANCIANO. — ¡Ven, hija mía!...

MARTA, *volviéndose.* — ¡Qué desdicha!... ¿Dónde está usted, abuelo? Estoy tan azarada, que ni veo siquiera... Tampoco yo sé qué hacer...

EL ANCIANO. — No los mires...

MARTA. — Quiero ir con usted...

EL ANCIANO. — No, Marta; quédate aquí... Siéntate al lado de tu hermana, en ese banco de piedra, de espaldas a la casa; no mires, hija ... Eres demasiado joven; no podrías olvidarlo nunca... Tú no debes saber qué es un rostro en el instante en que la muerte va a pasar ante sus ojos... Acaso gritarán... ¡no te vuelvas!... Quizá no suceda nada... ¡Peor! No te vuelvas si no oyes nada... No se sabe de antemano el camino que seguirá el dolor... Frecuentemente, unos cuantos sollozos mal reprimidos, y nada más... Yo mismo no sé qué haré cuando los oiga; son cosas de otro mundo... Abrázame, hija mía, antes de que me vaya... *El murmullo de los rezos ha ido aumentando gradualmente. Una parte del pueblo invade el jardín. Se oyen corridas de un lado para otro, a pasos sordos, y charlar en voz baja.*

EL FORASTERO, *al pueblo.* Quietos aquí... No os acerquéis a las ventanas... ¿Dónde está?

UN ALDEANO. — ¿Quién?

EL FORASTERO. — ... los otros... los que la traen.

EL ALDEANO. — Vienen por el camino que conduce a la puerta.

El anciano sale. María y María están sentadas en el banco, de espaldas a las ventanas. Murmullos entre el pueblo.

EL FORASTERO. — ¡Silencio!... No habléis... *En la habitación, la mayor de las hermanas se levanta y va a correr el cerrojo de la puerta.*

MARTA. — ¿Abre?

EL FORASTERO. — Al contrario: corre el cerrojo. *Silencio.*

MARTA. — ¿Entró ya el abuelo?

EL FORASTERO.—No... La hermana vuelve a sentarse al lado de la madre... Los demás no se mueven; el niño duerme todavía... *Silencio.*

MARTA. — ¡Hermana! Dame la mano...

MARÍA. — ¡Marta! *Se abrazan y se dan un beso.*

EL FORASTERO. — Debe haber llamado... Han levantado la cabeza a un tiempo... Se miran...

MARTA. — ¡Hermana mía, hermana mía!... ¡Yo quiero llorar también!... *Ahoga sus sollozos en el hombro de su hermana.*

EL FORASTERO. — Parece que ha vuelto a llamar... El padre mira la hora... Se levanta.

MARTA. — ¡Oh! Yo quiero entrar... No pueden estar solos...

MARÍA. — ¡Marta, Marta!... *La retiene.*

EL FORASTERO. — El padre se ha acercado a la puerta... Descorre los cerrojos... Abre con cuidado...

MARTA. — ¡Oh!... ¿Se los ve?...

EL FORASTERO. — ¿A quienes?

MARTA. — A los que la traen...

EL FORASTERO. — Ha abierto apenas... No veo más que un ángulo del césped y el surtidor... No suelta la puerta... Retrocede... Parece decir: «¡Ah! ¿Sois vos?»... Alza los brazos... Vuelve a cerrar la puerta... El abuelo ha entrado...

El pueblo se ha acercado a las ventanas. Marta y María se levantan a medias; luego se acercan también, abrazadas. Se ve al anciano adelantarse en la sala. Las dos hermanas de la muerta se levantan; la madre se levanta también, después de haber dejado cuidadosamente al niño en el sillón que acaba de abandonar. Desde fuera se ve al pequeñito que duerme con la cabeza inclinada, en el medio de la habitación. La madre se adelanta al encuentro del anciano y le extiende la mano, pero antes de que él tenga tiempo de coger la retira. Una de las niñas quiere quitar la capa al visitante; la otra le adelanta una silla. El viejo rehusa con un gesto la atención. El padre sonríe con aire de asombrado. El anciano mira hacia las ventanas.

EL FORASTERO. — No se atreve... Nos ha mirado... *Murmullos entre el pueblo.*

¡Callad!...

El anciano, al ver caras en las ventanas, ha vuelto rápidamente la vista. Como una de las niñas insiste en ofrecerle la silla, termina por sentarse. Se pasa varias veces la mano derecha por la frente.

Se ha sentado...

Las demás personas que se encuentran en la sala se sientan también. El padre se muestra locuaz. Por fin, el anciano mueve los labios; el sonido de su voz parece atraer la atención. El padre le interrumpe, pero el anciano vuelve a tomar la palabra y, poco a poco, los demás van quedando inmóviles. De pronto, la madre, estremecida, se levanta.

MARTA. — ¡Dios mío!... La madre empieza a comprender... *Se vuelve y esconde la cara entre las manos. Murmullo entre el pueblo. Los niños quieren ver también y lloran para que los levanten en brazos. La mayor parte de las madres los complacen.*

EL FORASTERO. — ¡Silencio!... Todavía no se lo ha dicho...

Se ve a la madre interrogar con angustia al anciano. Este pronuncia todavía algunas palabras. En seguida se levantan todos bruscamente y parecen preguntarle algo. El anciano hace entonces con la cabeza un signo de afirmación.

¡Se lo ha dicho!... ¡Se lo ha dicho de repente!...

VOCES EN EL PUEBLO. — ¡Lo ha dicho! ¡Lo ha dicho!...

EL FORASTERO.—No se comprende nada...

El anciano se levanta también, y sin darse vuelta señala con el dedo la puerta que está a sus espaldas. La madre, el padre y las dos niñas se arrojan sobre la puerta. El padre forcejea un momento para abrir. El anciano trata de impedir que salga la madre.

VOCES EN EL PUEBLO. —¡Salen! ¡Salen!...

Confusión en el jardín. Todos se precipitan hacia el otro lado de la casa y desaparecen excepto el forastero, que permanece a la ventana. En la sala, la puerta se abre, por fin, de par en par; todos salen a un mismo tiempo. Se ve el cielo estrellado y el césped y el surtidor bajo el claro de la luna. En el centro de la sala abandonada el niño continúa durmiendo tranquilamente en el sillón. Silencio.

EL FORASTERO. — ¡No se ha despertado!... *Sale también.*

FIN.

MAURICIO MAETERLINCK.

Traducción de José Gabriel.

DIBUJOS DE ALONSO.

Páginas Femeninas

Playa de Mar del Plata a la hora del baño

«Nul repos: nulle part la vie ne languit et ne s'endort. La mer la fait, défait, refait...»

MICHELET.

Caídas sobre mi falda las transparentes y frágiles hojitas garabateadas por Mary, con el cariñoso propósito de hacerme seguir paso a paso su agitada *vida de descanso*, domina insensiblemente mi espíritu, la sugestión de este melancólico atardecer, y recostada perezosamente en mi rocking-chair, entorno la mirada para fantasear a mi antojo... parece entonces que se ampliara infinitamente la minúscula terraza en que trabajara hasta hace un instante, y que limita el perfumado cortinaje de jazmines que me presta generosamente el jardín vecino... Desde allí... desde muy lejos, veo surgir la grácil silueta que posee el don de hacerme revivir las mejores horas de mi lejana juventud... Y vuelvo a leer esos menudos garabatos, que irradian para mí, su delicada personalidad, tan sincera y espontánea, tan exquisitamente femenina...

«Mar del Plata, *jueves 15 de febrero*... Madrina, es usted oportunísima... Nos ha caído admirablemente la sentencia con que termina uno de sus más elocuentes párrafos: «amiguitas mías, estarán ustedes muchísimo más divertidas, en cuanto no se empeñen en divertirse tanto...» ¡qué gran verdad!, ¡durante estos quince días, nos hemos empeñado en divertirnos *a outrance*, y todo ha sido en vano!... No lo digo por mí, puesto que me hallo en excepcionales condiciones; pero Beba, y la mayoría de nuestras amigas, se aburren concienzudamente a pesar de la agitación en que se vive: ¡bien pudiera llamarse ésta, el tormento de las diversiones!

¡No vaya usted a figurarse que la sugestión de tal ambiente pueda convertir a su razonable Mary, en cabecita hueca... no ha habido caso de hacer alarde de la triste vanidad a que usted se refería hace pocos días; pero le aseguro a usted, madrina, que el descanso, tomado en esta forma, no ha de hacernos gran provecho!

Golf, almuerzo, baile, té, golf, concierto, comida, baile, cine... y todo esto con una escasez de *snobs* alarmante: puede que la perspectiva del Carnaval nos traiga importante remesa de viajeros; pero según nos *asegura Jaime, muchísimos de los muchachos* no tienen más remedio que privarse de este veraneo, porque no hay presupuesto posible, *para seguir la vida* que hacemos nosotras... sin auto, figúrese usted lo que cuesta el golf: y el retribuir atenciones, muchísimo más;... contados son los venerables rentistas (solterones, por supuesto) que puedan hacer figura en estos tiempos... Sólo queda a los demás, *la pose* en la Rambla, convertida este año en hirviente hormiguero, y francamente, esa vida en tropel, logra vulgarizarlo todo...»

La vida en tropel... ¡cuánta razón tiene mi observadora rubia! ¡Cuál no sería el asombro del famoso Russell, — médico que enseñara a la enfermiza sociedad de su época, que sólo el mar podría reponer su gastado organismo, — si contemplara ahora lo que ha llegado a ser, ciento cincuenta años más tarde, una playa a la moda... le aterraría sin duda, tan vertiginosa evolución... Las románticas y lánguidas pacientes de antaño, han sido derrotadas por las ágiles siluetas de la intrépida jugadora de golf o de tennis, y sospecho que a nadie se le ocurre mentar ya, *¡el canto fascinador de las sirenas*, o cerciorarse si *ha salido la luna, para inundar el mar de plata!* La incesante caravana sigue su camino sin hacer ni un breve paréntesis, para contemplar tanta grandeza... contemplación que habría de enriquecer su existencia, porque «toda emoción es una inspiración, un soplo de lo alto, que nos solicita, que nos empuja a subir la cumbre de la montaña...

«Pero si después de tanto suspirar por la diversión, las que viven en ella, lograsen divertirse con ella. Pero no hay que pensar en eso. Fiestas, bailes, banquetes, *que al que* pasa y mira parecen tan brillantes y tan diferentes, cuando se ha sido actor en más de seis, ya son todos iguales; terrazas y salones de casinos, halls de grandes hoteles, palacios de cristal en las playas...» (1).

San Sebastián, Biarritz, Mar del Plata... *Nul repos: nulle part la vie ne languit et ne s'endort. La mer la fait, défait, réfait...* y seguimos todos, la ineludible ley de la eterna evolución...

«¿Me pide usted noticias sensacionales? No las tengo aún, madrina... y eso que se hallan reunidas aquí, criaturas realmente encantadoras. Entre las más atendidas, se destacan como siempre, María Luisa Salas, Susanita y Beba Rodríguez Quintana, Teodelina y María Teresa Bosch Alvear, María Inés Chevalier, y María Luisa Constanzó: muy admiradas también, Susanita de Bary, María Laura Vedoya, Magdalena y Mercedes Ortiz Basualdo: con tanta gracia juvenil, con tanta belleza como frescura, sospecho madrina, que hemos de descubrir entre las dos, más de una nota sentimental... pero parece que Míster Flirt, no se decide aún a emprender el viaje, porque entre cosmópolis, como usted dice, y el Tigre, no sabe a qué atender... ¿Cómo es posible, que se le haya pasado a usted inadvertido y tan cerca de usted el prólogo del último cuento azul?... Se lo transmito tomándole los puntos a la Dama Duende, mientras es madrina la que lee... ¿Puede decirse *professional beauty* cuando se alude al candidato? Y si he dicho un disparate, queda entre nosotras... Ha sido un real mozo, perfectamente convencido de su gallarda apostura; pero por combatir... la persistencia de inoportuno *embonpoint* ha logrado avejentarse mucho, pero sin perder por ello su romanticismo, ni la afición a versificar o a pulir su atildada prosa: perfecto caballero, luce dos viejos y respetados apellidos porteños. Compuesto es también el que ella lleva, y que es el mismo de un discutido jefe del Estado: no es de extrañar que su suave y atrayente belleza, haya despertado un corazón que se creía decepcionado, pero que revive ahora con todo el entusiasmo propio de un rubio trovador... ¡Y cómo me lo contaron, te lo cuento!...»

Y a ella he cedido el derecho de charlar hoy, con mis desconocidas amigas, reservándome los paréntesis dedicados al comentario, y siguiendo la indicación de mi corresponsal, madrina leerá hoy a la Dama Duende, y tratará de reconocer a los personajes del nuevo cuento azul...

LA DAMA DUENDE.

(1) G. Martínez Sierra.

Sta Adela Gramajo Muñoz

En representación de la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres, parte en breve a Norte América la señorita de Gramajo, exquisita figura de mujer donde la sensibilidad se une a la más sólida cultura.

PLVS VLTRA, para quien tiene suma importancia cuanto a la mujer americana *se refiere, ha confiado a tan gentil colaboradora la* interesante misión de reflejar la vida femenina en los Estados Unidos, de la que han formado, escritores y periodistas, una curiosa y sugestiva leyenda.

En el álbum de la Señorita Matilde Roosen

Ser de Oriente es ser hijo de la aurora
y tú eres oriental.
Debes tener mejillas como rosas
de luz, al reventar.

Debe haber en la noche de tus ojos
un dulce amanecer.
algún rayo distante, muy distante,
de una estrella que fué.
Debe arder en el fondo de tu pecho
La llama del rosal,
que la aurora deshoja sobre el Plata
desde el cielo oriental.

RAFAEL OBLIGADO

La Dirección de esta página se complace en agradecer la gentil colaboración de la señorita Manuela Suárez Abella, distinguida presidenta de «Entre Nous», aristocrático centro intelectual de Montevideo.

(A MIS PADRES)

Un extraño presentimiento invadía sin querer, poco a poco, aquella tarde el corazón del valiente marino Jadmar de Rohes, muchacho robusto y hermoso hijo del mar, como se le llamaba en aquel hermoso y romántico pueblo de la Bretaña. En vísperas de partir, dictaba, abordo de la «Estrella Polar», las últimas órdenes. Sin saber a qué atribuirlo, todo su pasado revivía para él en aquel momento, ante sí desfilaban, cual silenciosa caravana, todas las partidas, todas las llegadas de sus incesantes travesías sin que ninguna aportara una nota intensa, un recuerdo realmente feliz. Solo, sin contar en su existencia de adolescente con otro cariño que el profesado a su carrera, cuantas veces hoy lo recordaba había visto borrarse poco a poco la «Cruz del Perdón», aquel Calvario que, levantado por bravos marineros bretones en memoria de otros tantos valientes desaparecidos, se erguía como áncora de salvación y consuelo sobre el peñasco más elevado de aquella costa.

¡Cuántas y cuántas veces sus ojos se habían nublado fijos en aquella cruz, a cuyo pie tantos seres se prosternaban, dando desde allí el adiós al padre, al esposo, al hermano! Aquellas escenas enternecedoras, en las cuales el cariño de una mujer formó siempre la nota más exquisitamente poética y sublime, poblaban hoy la mente atormentada del bravo marino. Recordaba y revivía aquellas horas, aquellos días completos de felicidad, cuando once meses antes, en una esplendorosa tarde del mes de junio, su sueño habíase transformado en realidad; una estrella brilló en su horizonte y la vida del solitario Jadmar contó desde entonces con un amor; los veinte años, la belleza y bondad de Gabriela Formont constituían el dote más preciado del arrojado bretón. Una comunión completa de sentimientos unía aquellos dos seres. Hasta entonces, veían al tiempo deslizar sin otro pesar que la brevedad de sus horas, sin otra preocupación que el cultivo amoroso, solícito, de sus esperanzas cifradas todas ellas en el ser que debía llegar, para estrechar aun doblemente aquellos corazones en una sola vida. ¡Cuántas promesas halagadoras, cuántos proyectos radiantes acariciaban los felices esposos frente a una cuna! El bravo bretón y su dulcísima compañera tejían, junto a la lumbre, ilusiones y esperanzas. Pero la felicidad florece apenas en esta triste vida y antes que sus perfumes embalsamen nuestros sueños, el dolor y las tribulaciones tronchan con implacable crueldad toda ilusión. La «Estrella Polar», barca a cuyo frente debía ir Jadmar de Rohes, desplegaba ya sus velas y con ellas también abría grande sus alas el dolor y la fatalidad. Al penetrar en su casa para despedirse de su idolatrada compañera, aquel intrépido hijo del mar sintió vacilar sus energías, un terror de no volver a ver lo que para él formaba su vida toda, hízole abrir bruscamente la puerta, lanzando al mismo tiempo un nombre que el eco de la playa repitió como un quejido: «¡Gabriela! ¡Gabriela!» Con las manos cruzadas sobre el pecho como tratando de contener el dolor que la destrozaba, surgió la esposa de Jadmar, bella como nunca, leyéndose en sus ojos profundos y soñadores, toda la tristeza infinita que su alma embargaba. En una de sus manos apretaba convulsivamente una pequeña cruz, la misma que en su cuello había colocado su esposo el día de sus bodas. No desmintiendo la tradición de su raza, como digna hija, hermana y esposa de marinos, supo vencer el dolor que de ella hacía presa, y avanzando lentamente hacia Jadmar, hablaba en esta forma: «Toma esta cruz que tanta dicha nos trajo y en ella coloca tu fe. La misma que me aportó tan digno esposo ha de devolverme el padre de mi hijo... por él sabré ser fuerte para esperarte.

Abrázame y en marcha, pues ya las velas de la «Estrella Polar» se inflaman impacientes». Tal fuerza de seguridad, de verdad, de creencia puso Gabriela en estas palabras, que en el fondo del corazón de aquel marino brilló nuevamente la luz de la esperanza, estrechó fuertemente, brevemente entre sus brazos a su compañera, besando una y cien veces su frente y sus labios. Inclinóse ante ella devotamente y tomándole sus manos exclamó: «Bendíceme ángel de dulzura y fortaleza, coloca estas mensajeras de paz sobre mi cabeza y derramen ellas toda la efusión de su alma privilegiada. Que las mismas que hoy se posan sobre mi frente sean las que me reciban al volver. La fe la pongo en esta cruz. La esperanza en tus manos. Con nuestro hijo y contigo quede mi pensamiento y mi corazón. Adiós.»

Un año ha pasado desde que la barca «Estrella Polar» alzó velas al viento. Después de varias cartas llegadas hasta el puerto, nada más habíase sabido de la suerte de Jadmar de Rohes y sus compañeros. Una luz de esperanza calentaba aún los corazones de quienes aguardaban. El mar, celosamente, reservaba su secreto. Junto al «Cristo del Perdón», al pie de aquel Calvario, infinidad de seres interrogaban ávidamente el horizonte. Infinidad de labios elevaban sin cesar plegarias *mezcladas con sollozos*. Sólo el rugido de las olas respondían a tanta desolación. Con las pupilas quemadas por las lágrimas, aureolada por cabellos hoy blancos, Gabriela de Rohes absorta en su ilusión, fija en la idea que la fiebre reflejaba en su cerebro resplandeciente, apretando su hijo entre sus brazos trepaba aquella noche por rocas cuyos picos habían sido siempre considerados como de gran peligro. Agotada por el insomnio avanzaba sin ver, adelante, siempre adelante, con sus ojos desmesuradamente abiertos, su cabellera al aire. De pronto, comprimiendo los latidos de su corazón, apretando con más fuerza el niño contra su pecho, suspendió su declinada carrera y clavando sus ojos en otros tiempos tan bellos sobre la línea donde concluía el horizonte, allá hasta donde los rayos de la luna señalaban como una franja de plata vió, reconoció un barco *blanco de anchas velas que*, azotadas por el viento, trazaban ondulaciones que la infeliz en su extravío traducía como señales de llamada, como manos que su compañero desde lejos tendía hacia ella. Abrió sus brazos y suspensa de aquella visión, fruto de su razón perdida, avanzó lentamente, sonriendo, e internóse por el camino que un año antes surcara la «Estrella Polar».

Al despuntar el alba, un grupo de pescadores, viejos lobos de mar, recogieron de la orilla el tierno cuerpecito de un niño. Las olas lo mecían con ternura infinita, con ternura de madre. Desde entonces existe en Bretaña la leyenda más sentimental y hermosa, que todos allí narran con íntima religiosidad. ¿Su nombre? «La leyenda del amor que el mar arrojó a la orilla».

Febrero de 1917.

Los goces de la amistad

Del libro de G. O. Marden

¿Quién no conoce los goces de la amistad fiel, constante y tierna, que por igual comparte entre uno y otro la alegría? Es la amistad nuestra única riqueza, nuestro último refugio, nuestra postrera fuerza. Es la defensa contra el infortunio y las asechanzas del mundo.

La íntima amistad revela los profundos secretos de nuestros corazones. ¿Hay en el mundo algo más sagrado que la generosa y devota amistad? Sin embargo, en vez de cultivarla y mantenerla, menospreciamos su mérito con nuestra negligencia.

Gran alivio de nuestras flaquezas, errores, defectos y tropiezos son los verdaderos amigos que disculpan nuestras faltas y cubren con el manto de la amistad nuestras imperfecciones.

El verdadero amigo nunca nos hace ver nuestra inferioridad o flaqueza, sino por el contrario nos alienta para ayudarnos a subir.

Únicamente podemos adquirir lo que damos. Los amigos son la cosecha cuando se siembra amistad verdadera. Si la simiente es pobre, también lo será la cosecha, pues para tener abundancia de buenos amigos es preciso sembrar también generosamente la simpatía, la solicitud, la admiración, el servicio y el amor. La sincera amistad puede enriquecer y alegrar nuestra vida más intensamente que todos los tesoros de Indias.

Dice Ella Wheeler Wilcok: Siempre pensé que la amistad es camino de la dicha, y que un espíritu amplio es capaz de muchas verdaderas amistades, pues cada amigo nos atrae por distinto motivo.

Los amigos son los libros del corazón. El amigo serio es un tratado de filosofía; el jocoso un libro humorístico; y lo mismo puede decirse del poeta, el novelista y el historiador. Pero así como en una biblioteca no hay libro incompatible con otros en nuestra mente, así tampoco los amigos se excluyen mutuamente de nuestro corazón.

Sin embargo, el pesimista dirá que toparemos con falsos amigos cuya mentida amistad nos desilusione con mayor pena que goce pudiera darnos su verdadera amistad y así nos aconseja precavernos contra el despertar de un mal sueño.

A pesar de todo, tuve mi opinión y contraje muchas amistades. Se rompieron algunas y sufrí por ello; pero entre todas, penetró en mi corazón una tan intensamente fiel, que allí quedó para siempre. En el amigo sincero y digno de la verdadera amistad, está el camino de la verdadera y perdurable dicha.

Trapalanda
La Ciudad Encantada
FRAGMENTO
Por Sara Montes de Oca de Cárdenas

Tienen — ¡válgame Cristo! — tantas afinidades
Nuestros divinos sueños y nuestras realidades,
Y el mundo es tan vecino de la región quimérica,
Y son tan parecidas la Atlántida y la América,
Y tropiezan con tantas verdades imprevistas
Nuestros experimentos de pobres alquimistas,
Que a veces la Conciencia no acierta a estar segura
De cuál es el embuste y cuál es la Cordura.

Porque a locos y a ilusos debemos todos algo...
Nuestro abuelo de España, el «Ingenioso Hidalgo»,
Que — si somos poetas — merece nuestro encomio,
Engendró a los modernos héroes de manicomio,
Los que inauguran sobre las necedades burdas
El azul espejismo de las cosas absurdas
Y, pues hallan la vida muy lóbrega y vacía,
Para ser generosos inventan la Utopía.

¡Honra al fuerte! ¡Benditos aquellos cuyo elogio
Póstumo y explendente — dice el Martirilogio
Mundial, — los que con una sublimidad fanática
Bebieron la cicuta por la Verdad Socrática!
¡Y tres veces benditos los que con labio estoico
Bebieron la cicuta por el Ensueño Heroico!

¿Quiere Usted saberlo?
Por María Lebem

CURIOSA. — Ya he tenido ocasión de contestar otras preguntas tuyas, creo reconocer tu estilo, — que deja traslucir tras la forma correcta de tus indagaciones, — el deseo incesante de averiguarlo todo. No tomes a mal esta apreciación mía, pues no critico tu curiosidad, antes por el contrario, alabo en ti ese afán de investigación.

Me preguntas cómo es una imprenta, y voy a detallarte la única que conozco, la de CARAS Y CARETAS, que es también la de PLUS ULTRA. Habrás visto que el aspecto del edificio es suntuoso, y al pasar habrás admirado más de una vez la fachada con sus grandes placas de bronce elegantes y sobrias. Las amplias escaleras de mármol blanco, su gran hall, sus vestíbulos, todo es lo mismo, sobrio, sin cargazón, elegante y rico; pero lo que más habría de interesarte, como a mí, son los talleres y las salas de trabajo. Tú que eres tan investigadora, te habrás detenido alguna vez a observar el trabajo continuado y matemático que realizan las hormigas en su incesante laborar; pues bien, los talleres de una imprenta se asemejan a un enorme hormiguero, por ese *trabajo sin tregua*.

El Director de PLUS ULTRA ocupa una amplia sala de trabajo. Un gran ventanal, por donde entra a torrentes la luz, limita su mesa-escritorio, que se halla continuamente cubierta de papeles, dibujos en colores, pruebas de imprenta, retratos, recortes de diarios, revistas, tarjetas de visita (pues hasta eso, se ve obligado a recibir visitas de cumplido como cualquier ministro), cartas, pedidos, etc., etc. Todos vienen a consultar, todos le preguntan algo; da las medidas para un dibujo, combina una página... Y no creas que esta es tarea... de dos horas, no; es de todo el día. Sólo la habitud de esta clase de trabajo llega a fortificar el espíritu, que no se siente vacilar ante semejante maremágnum.

La primera vez que penetré en este taller del trabajo me sentí *emocionada, todo era* nuevo para mí: en confuso tropel se presentaron ante mis ojos, caballetes, telas, pinceles, cacharros con agua manchada de colores, una biblioteca ostentando el lomo de grandes libros, un enorme archivo, un mueblecito de cajones donde se guardan los originales y que nadie osa abrir sino el director en persona.

Era de tarde, y el sol al declinar hacía llegar su luz rojiza en tenues rayos hasta la mesa de uno de nuestros más conocidos artistas, confundiendo los colores extendidos en la paleta que sostenía en una mano, mientras con la otra movía el pincel nerviosamente dando los últimos toques a una arrogante silueta.

Cada portada que ves en la revista, cada página en colores, es la reproducción de un cuadro ejecutado con todo primor, donde el pintor, dejándose llevar de su *inspiración*, interpreta lo que siente, no lo que ve.

He dicho que la primera vez que fuí a ver al Director para combinar un trabajo, me sentí emocionada, pero con esa emoción que nos produce la realidad de un misterio que de pronto se descubre a nuestros ojos.

Juzgarás por lo que te cuento, «Curiosa», que las imprentas vistas por dentro en vez de antros son interesantísimas colmenas de cultura y alegría.

HISTORIA DE UN VASO GRIEGO

Por

FERNÁN FÉLIX DE AMADOR

Frente al rio poblado de velas latinas, que traen al espíritu claras reminiscencias antiguas, bajo los clásicos laureles rosas que huelen a pagania. Un grupo amable discurre en la hora crepuscular, azul y blanca como el reflejo de una columna dórica en la onda mediterránea.

Son dos mujeres jóvenes, esbeltas en sus vestidos claros. La una casi niña, en cuyo rostro ovalado y puro, los ojos sensitivos se abren tímidos y asombrados sobre el misterio de la vida; así un grito en acecho. En la otra, arde como en una lámpara, la flor de la sangre, la purpúrea pasionaria que deshojan los dedos febriles de las bacantes. Sus ojos, dos diamantes negros y perversos posados sobre la cinta violeta del Sueño. En su boca el rubí, en su mirada la fiebre. Junto a estas dos figuras anhelantes, aunque en diverso anhelo, un hombre también joven, pero en cuyo rostro cetrino y enjuto, campea sin embargo, la sagrada inquietud que diviniza y que al par consume; habla en este tenor, haciendo girar en su mano fina y pálida como una pluma de cisne, un maravilloso vaso griego, de donde surge a manera de un humo imposible, un extraño helecho obscuro:

— Así es, amigas mías; en este vaso insuperable cabe el sueño de los siglos. Por él, la arcilla de la Hélade, será una vez más inmortal. Ved, como surge de su sagrada esencia el milagro de este helecho gracioso, que parece una de las perfumadas algas que entretejieron la cabellera de oro de la Anadiomena. He aquí que oímos aún en sus flancos delicados el paso armonioso de las preferidas de Dionisios. ¡Quién sabe qué trémulo pincel trazó con tanto amor y para siempre, la inimitable teoría, sobre este fragmento de la tierra del *«laurel y el mirto verde»* para que así a través del tiempo y del espacio, llegase hasta nosotros, para brindarnos un sorbo de eterna juventud! Más que nunca debemos ser griegos y refrescar nuestra modernidad torturante y cruel, en el mar apacible del concepto sereno. Amigas mías, voy a contaros la historia del vaso maravilloso que poseéis. Por virtud de este céfiro manso, que mueve las tiernas hojas del helecho, y sobre todo gracias a vuestra perfumada presencia, ha llegado a mi espíritu su historia, como un pulido alejandrino.

Fué allá, en la isla de Samos, donde Vattry, la blanca, se ponía todavía junto al Mediterráneo, como una gaviota enamorada de su propia imagen. Eran ocho ciudades hermanas, todas ellas consagradas a Venus Anadiomena, «hecha de espuma y nieve», como dijo el poeta, pero a cuyo cálido contacto brota la miel de la herida.

Ocho ciudades blancas y risueñas, sobre las que formaban una vagabunda corona nívea las palomas sagradas, surcando innumerables su nítido cielo.

Aconteció lo que relato, en los tiempos fabulosos, cuando la Belleza y la Harmonía eran aún la preocupación mayor de los pueblos.

Aquel, que amamantaron las gacelas y por quien el tigre fué cordero, recorría por entonces sus dominios tan vastos como la mirada de Apolo. Seguíanle interminables coros de Vírgenes consumiéndose como cirios bajo sus pupilas de ágata, y músicos sin fin hacían brotar para él, el ritmo de sus labios enajenados como una ardiente ambrosía.

Iba recorriendo Dionisios sus pueblos en su carro triunfal, bajo cuyas ruedas sagradas florecían el laurel y la vid. De todas partes acudían las multitudes helénicas, uniendo sus voces diversas al coro unánime, de modo que la tierra no fué por aquel entonces más que un solo himno, grande y largo, como un río que iba al mar infinito.

Así, llegó Dionisios a la isla de Samos, la predilecta de Anadiomena. Y las ocho ciudades, en delirio salieron a su encuentro, llevando en cestos verdes, como ofrenda, diez y seis palomas blancas y venusinas.

Como nunca lucían bajo el sol cariñoso, su impecable belleza las vírgenes de Samos, y era tan grande que Dionisios dijo:

— « Quiero elegir ocho vírgenes, entre vuestras ocho ciudades, para mi séquito divino; y aquella que me dé el mayor número, me será dedicada y plantaré la viña en ella, y su vino será el mejor vino de la tierra. »

Así resolvió el Dios, cuya sonrisa es inmensa. Pero cumplida la elección no hubo supremacía. Las ocho ciudades dieron una por una sus ocho vírgenes perfectas. Gráciles como las olas, fragantes como el rosal, dulces como el sonido de la flauta...

Dyonisios, no tuvo entonces más remedio que consagrar toda la isla. Por ocho días su tierra se extremeció de amor, según el ritmo de las sagradas danzas, y la viña de oro comenzó a destilar de sus ricos racimos, para su regocijo, el mejor vino del mundo.

Luego, las ocho vírgenes elegidas siguieron el carro del triunfador desvaneciéndose para siempre en el ágata ardiente de sus ojos. Pero un sabio alfarero de Vittry moldeó un vaso maravilloso, que tenía las formas impecables del cuello y del brazo, de la cadera y del seno, de las vírgenes hermanas. En él se perpetuó el recuerdo de su danza insuperable: la última ronda virginal.

Más tarde las ocho ciudades, honrando a Dionisios, bebieron por turno en él, el vino sagrado y único color de topacio...

Tal es la historia de este vaso maravilloso, amigas mías, donde florece ahora para vosotras, rivales modernas de las vírgenes antiguas, el helecho marino, semejante a una de las perfumadas algas, que entretejieron la cabellera de oro de la Anadiomena.

Calló el poeta, y en el evocativo silencio, dos suspiros volaron como dos palomas, hacia la Hélade inmortal.

DIBUJOS DE LÓPEZ MAQUIL.

Enero, 1917.

UNA EXPEDICIÓN CRUZANDO UN BOSQUE.

EN LAS REGIONES ANDINAS

BIZCOCHOS CANALE

Ningún alimento es tan sano ni tan nutritivo para los niños. Ninguno tan sabroso ni que más les satisfaga.

ANIMAL QUE EMPLEAN EN FILIPINAS PARA EL TRANSPORTE DE CARGAS.

En los paises de Oriente se emplea este útil animal para conducir grandes cargas, pues las dificultades que presenta el domesticarlos son compensadas por su sobriedad y energia.

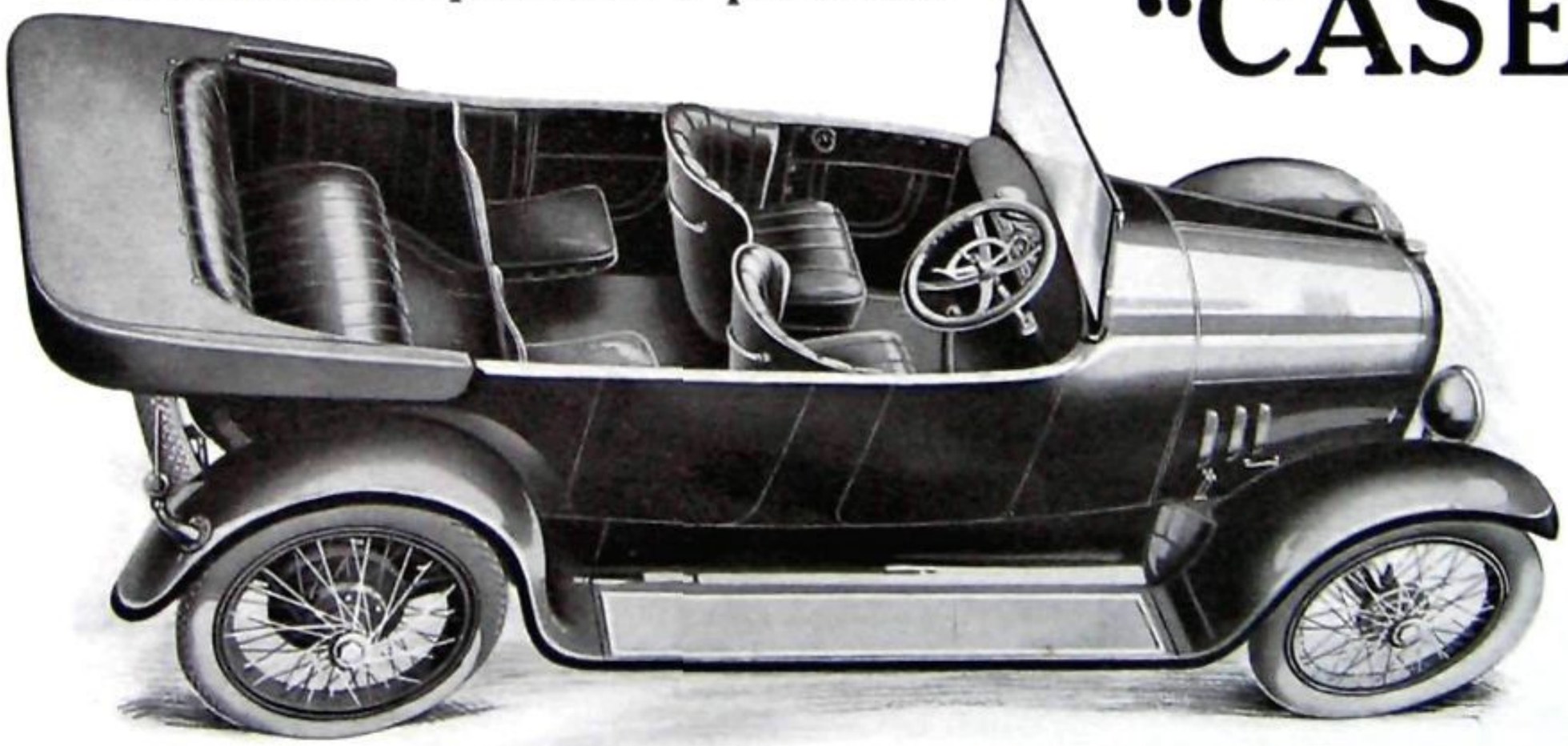
En Filipinas, pais que abunda en terrenos cenagosos y donde los caminos se inundan con frecuencia, presta el carabao valiosos servicios.

Para mejor dominarlos suelen ponerle los filipinos un anillo de hierro en la nariz, como se hace en Europa con los toros.

En Ceylán lo adiestran los indigenas para la caza de aves acuáticas.

Automóvil capacidad 7 personas

"CASE"



NUEVO MODELO EXCEPCIONAL

Su distinción, su belleza de lineas, la perfección y solidez con que está construido este nuevo modelo de la famosa fábrica «Case», han llamado con justicia la atención del mundo automovilista. Su amplitud, su comodidad, la suma de adelantos y perfeccionamientos de que está dotado y su precio muy inferior a lo que debia costar un auto de tan alta calidad, le han valido este justo renombre: «El coche del porvenir».

ARRANQUE — Eléctrico Westinghouse.
LUZ — Eléctrica sistema Westinghouse.
IGNICIÓN — Magneto alta tensión.
CARBURADOR — Rayfield, modelo especial.
TROCHA — Huella de campo.
VELOCIDADES — Tres adelante. Una atrás.
CARROCERÍA — De acero.
TAPICERÍA — Desmontable.
EMBRAGUE: Cono — Color marrón y verde oscuro.

PIDAN FOLLETO

J. I. CASE THRESHING MACHINE Co.

RACINE, WIS. E. U. DE A.

SUCURSAL DE LA FÁBRICA EN BUENOS AIRES: PERÚ ESQ. VENEZUELA

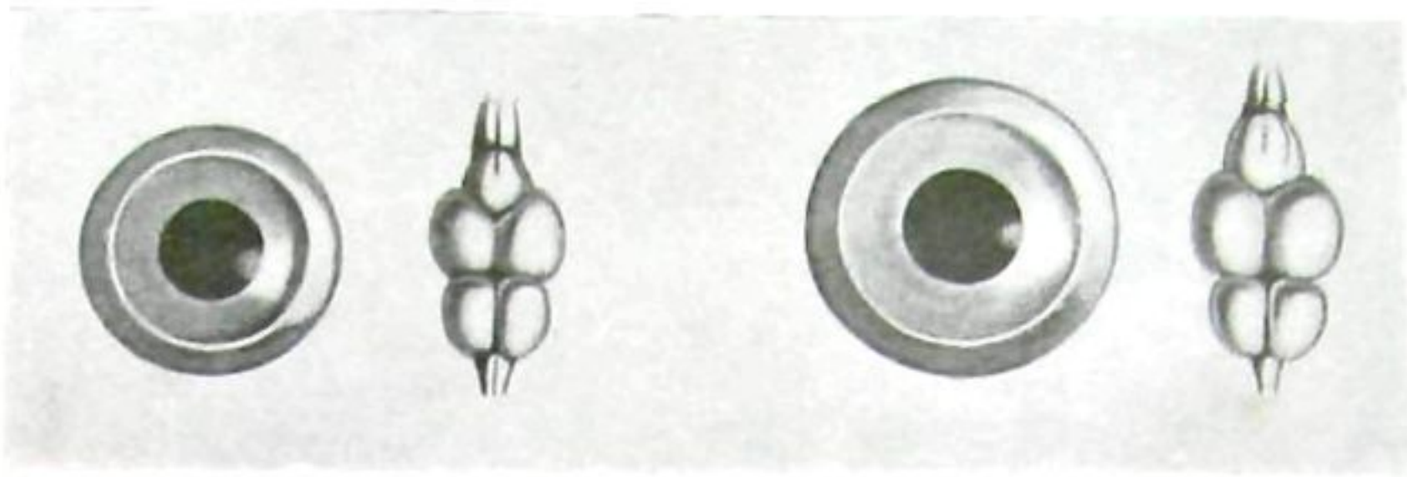
OTRAS SUCURSALES: ROSARIO, BAHIA BLANCA Y MONTEVIDEO

PABST

Un extracto sacado de la naturaleza en su más exuberante plenitud de vida, para robustecer y dar vigor al cuerpo humano.

LOS OJOS Y EL CEREBRO

A menudo se pregunta cómo puede determinarse la relación entre el peso del cerebro y el desarrollo cerebral de los animales. Es obvio que *la formación y peso del* cerebro, por sí solos, no indican el desarrollo intelectual. Si fuera así, la ballena y el elefante, cuyos cerebros pesan respectivamente 15 y 12 libras deberían ser intelectualmente superiores al hombre, cuyo cerebro no pesa sino tres libras más o menos. Ahora se sugiere que el ojo indica el peso del cerebro, y se asegura que se han hecho experimentos que lo prueban. La idea nació de la observación de ciertos pescados, en los cuales el tamaño del ojo *ha resultado* estar en relación con el peso del cerebro. La ilustración de la izquierda muestra el cerebro y el ojo de un dorado rojo, y la de la derecha, el cerebro y el ojo de un dorado gris, siendo ambos peces del mismo tamaño. La misma conclusión se ha obtenido con la comparación de otros animales, como las ranas, por ejemplo.



¿EL TAMAÑO DEL OJO INDICA EL PESO DEL CEREBRO? ILUSTRACIONES DIBUJADAS PARA PROBAR QUE SÍ.

Si quiere Vd. tener
el PRODUCTO PURO no manipulado en PLAZA

Exija Vd
los comprimidos de

Rhodine

Superior al Producto Alemán

Curan sin cansar el estomago Grippe Dolores de Cabeza Influenza
Reuma todas las neuralgias

Societe Chimique des Usines du Rhone 89 rue de Miromesnil PARIS Agent ALLARD & Cia 980 BELGRANO B.A.

«Donde hay mujeres hermosas, ya sea en la cumbre de los cerros como en el mar o en las playas, allí voy, diligente y celoso por la conservación de sus encantos físicos y sin preocuparme por los rayos del sol ni arredrarme por la violencia de los huracanes, las hablo como a ustedes de esta manera:

«Preciosas criaturas que cautiváis a los hombres con vuestra espiritualidad y hermosura, cuidad la belleza de vuestros rostros y para conservar vuestras mejillas con la frescura de la rosas usad «Eclatine», la notable preparación que en la Casa Argentina Scherrer, Suipacha, 161, hallaréis al precio de $ 2.50 el frasco.

«Eclatine» es ideal para el embellecimiento del cutis. Cupido lo afirma solemnemente mil y mil veces cada minuto!»

La Giralda

(Comercio de Modas - Sociedad Anónima)

Ropa elegante para señoras y niños.
Precios moderados.

Carlos Pellegrini, 539
Buenos Aires

Muebles

norteamericanos para escritorios.

Gran surtido en:

ESCRITORIOS de todos tamaños y precios, Bibliotecas, Archivos, Sillas, Sillones giratorios, Perchas para Vestíbulo, Mesas para máquina de escribir, etc., etc.

PIDAN NUESTRO CATALOGO ILUSTRADO

"La Continental" - Curt Berger y Cía.

BUENOS AIRES, Reconquista, 379 (frente al correo)

PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»
Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Bs. Aires.

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

EN TODA LA REPÚBLICA

Trimestre (3 ejemplares)	$ 3.— m/n.
Semestre (6 »)	» 6.— »
Año (12 »)	» 11.— »
Número suelto	» 1.— »

EXTERIOR

Año	$ oro 5.—
Número suelto	» » 0.50

Pueden solicitarse subscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la *administración*, calle Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.

Delicioso, refrescante, sin alcohol y de pureza absoluta; puede beberse en todos los momentos, en todas las ocasiones y en cualquier cantidad, con visible beneficio para el organismo.

PARA FIESTAS Y REUNIONES

Llénese la tercera parte de una jarra de cristal con jugo de Uva «Armour». Agréguese soda de sifón hasta completar la jarra. Sírvase en copas o vasos de champagne poniendo un pedacito de hielo y otro de corteza de limón en cada uno.

En todos los buenos Bars, Confiterías, Restaurants y Almacenes.

Frigorífico «Armour» de La Plata: Administración, Reconquista, 37 - Unión Telefónica, 5215 (Avenida).
Ventas al por mayor: Moreno, 1374, Unión Telefónica, 6442 (Libertad).

Fabricantes: PHILIPS' METALLIC-GLOWLAMPWORKS, LIMITED, EINDHOVEN (HOLANDA).
Unicos agentes: BOSCO, VILA & MARZONI, PARANA, 220 - BUENOS AIRES.

TALLERES GRÁFICOS DE CARAS Y CARETAS

BUENOS AIRES, FEBRERO DE 1917.